Félix Znollen avanza por la habitación. Se detiene. Escucha. Un fuego líquido parece correrle por las arterias cansadas. Sus pensamientos, como caballos desbocados, amenazan triturarse unos a otros. Por su mente desfilan escenas inexplicadas, suspiros ahogados, manos convulsas que se retuercen de impotencia... Como un rayo de clarividencia cae sobre su cerebro. Un vago asombro se extiende por su rostro. Hay dolor en los viejos ojos. La mano senecta contiene los latidos de su corazón. Un corazón demasiado viejo, demasiado cansado, por el que han pasado demasiadas emociones...

Un cuerpo, fláccido, se precipita sobre la puerta entornada, abriéndola. Anne y Boris vuelven la cabeza.

Félix Znollen está desplomado, de bruces sobre la alfombra... Muerto...

RETRATOS Y PAISAJES DE CARMELO VARGAS

EL PUEBLO OLVIDADO

No soy hombre de tierras de pan llevar. No me gusta afincarme en parte alguna, porque tengo la paciencia corta para aguantar mucho tiempo unos mismos paisajes. Cuando llevo en un sitio justo el tiempo de tomarle un poco de ley, ya se me espabila la sangre dentro del arroyo del cuerpo, pidiéndome la mudanza. Yo, que soy flaco para aguantarme la picazón viajera, en seguida echo para adelante, buscando sitio bueno donde encontrar cosa nueva que me alegre los ojos. Hoy, arrimado a la mesa de un ventorro en un viejo pueblecico de Castilla, Almoraga de los Barros por más señas, me ha dado en la cara el vientecico de la escribanía. Le he pedido al piojoso tabernero recado para lo mismo y me ha traído un mal tintero y una plumilla peor todavía. Por no porfiarle más de la cuenta, me he aguantado la guaya, que no es decente quejarse de quien bien nos quiere servir, aunque mal nos sirva.

La luz es escasilla y no le anima a uno, por cierto. Pero la sala es grande y está tranquila. No la llenamos más que el tabernero, que está fregando unos vasos, y yo, que estoy rascando el papel.

No sé qué comezón es ésta que se me ha colado por dentro. En mi vida he trajinado la pluma más que para asuntos que no tenían otro manejo que el de la escribanía. Pero es que voy cayendo en la cuenta de que a veces los hombres, cuando tenemos llenos los sacos de los recuerdos, tenemos que vaciarlos como sea. A lo mejor es para volverlos a llenar de otros, sean mejores o peores.

Como en los papeles ilustrados, me parece de buena cepa decir el nombre que en la pila me pusieron y la tierra donde calenté las primeras alpargatas. Pues allá va. Mi nombre es Carmelo y me apellido Vargas. Soy de la misma vera del Guadalete, un río de calado regular. El nombre del pueblo ya lo atinarán los avisados, que no es moco de pavo su importancia. Se cultivan allí buenas viñas y no hay término que se le iguale en muchas leguas a la redonda. Tiene buenas iglesias, buenas casas, buen comercio y buenos bebedores. Las cosechas dan allí buenos caldos, que son envidiados y conocidos más allá de las fronteras de España.

Hablar de mi tierra sería el cuento de nunca acabar. Hablaría y hablaría días enteros, no teniendo más que buenas palabras para alabarla, que bien pocas hay como ella. Pero por ahora, como quiero que la escribanía no sea muy larga, me tengo que aguantar las ganas. Ocasión para ello habrá si Dios me empuja a hilvanar más cosas con la pluma, que afición le estoy tomando con esto de sentarme y contar las cosas que he visto. Parece que a uno le entrara un descanso, como si las experiencias que nos van ocurriendo se hicieran animalillos dentro de la sangre y quisieran salir a respirar desde los senos donde los tenemos escondidos.

De esto que saco ahora afuera, me ocurrió hace bastante tiempo, yo diría que el tiempo de ocho o diez sembraduras. Por aquel entonces estaba yo menos bregado en esto de dar vueltas a los paisajes y a las gentes. Quizá por eso se me coló tan adentro el pueblecillo de Rubiercos de la Sierra, un pueblecillo difícil, porque era a la vez serrano y marinero. Es pequeño, tendrá unos cinco mil habitantes, y casi todos, por no mentarlos a todos, vivían de la pesca. Está metido en la bahía de Cádiz, a unos ocho kilómetros de Tarifa.

Allí llegué yo un día cualquiera, maldito en verdad si lo

recuerdo. Sólo sé que estaba empezando el otoño, porque el sol ya no apretaba y ya a mediodía se podía salir a dar una vuelta por el pueblo. Yo había llegado allí a lomo de mula, guiado por Garciangúlez. Garciangúlez era un viejo curtido por el mar y la serranía. De más joven, más, de toda la vida, había marineado en el mar de Rubiercos. Había requebrado el azul turquesa de las aguas y su salina gracia marinera.

Yo lo conocí en Tarifa, adonde él iba de cosario. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo. Era más bien chico de cuerpo, pero estaba todavía ligero y fuerte, aunque no tanto como para aguantar la dura vida marinera. Tenía la cara tan oscura como la tierra de los olivares de Tarifa. Los ojillos, negros como escarabajos y vivos como rabos de lagartija, los tenía todavía jóvenes, ágiles siempre, como si estuviera aún sobre el puente de su barco. Vestía siempre unos pantalones de sarga azul y una camisa del mismo color con rayas blancas. Encima llevaba una pelliza de piel marrón.

Con un par de mulas hacía diariamente el recorrido de Tarifa a Rubiercos, sirviendo de cosario, como ya he dicho. Recorría todos los días, como quien no quiere la cosa, sus buenos dieciséis kilómetros. Todo a través de la sierra. Por la mañana temprano salía de Tarifa, llegando a Rubiercos alrededor de las doce. En cuanto llegaba, empezaba a repartir sus encargos. Le daba bien entrado el mediodía. Almorzaba, y se echaba un rato. Por la tarde, vuelta a ir a Tarifa, donde hacía noche, para volver otra vez al pueblo al día siguiente por la mañana.

Yo había recalado aquella tarde en Tarifa y andaba barzoneando por los alrededores del puerto, mirándolo todo y curioseando de acá para allá. Me metí en un cafetucho frecuentado por marineros y mujeres de mala traza. Allí conocí a Garciangúlez. Estaba discutiendo con el tabernero, un tipo gordo y baboso, sobre que no podía llevarle a Rubiercos un bulto demasiado grande. Tenía demasiado cargadas las bestias, decía.

Cuando hubo explicado esto, se calló. Por lo visto, el tabernero tenía la cabeza más dura que un peñasco. Con la calva reluciente y los ojuelos irritados, empezó a calentarse, hablándole excitado y razonándole su condición de cosario. Detrás del mostrador se puso a agitar las manos, alto como era, y parecía querer comerse a Garciangúlez. Los marineros y las mujerucas hacían corro alrededor de él, riéndose ante la jindama del tabernero y la pachorra del otro.

Garciangúlez, desde su pequeña estatura, bebía tranquila-

mente su vaso de vino. Lo hacía a sorbitos, mirando sosegadamente al otro y sin decir una palabra. De cuando en cuando el otro hacía una pausa en el borbotón de palabras que le salía por la boca, y Garciangúlez chascaba la lengua, saboreando el licor como nunca. El otro se enfurecía y volvía a coger el rosario de argumentos, cuidando, sin embargo, de no ofender al viejo. Sabía que éste, a pesar de su edad y de su estatura, no lo aguantaría. Los que estábamos al corro reíamos a mandíbula batiente viendo la faena del tabernero por sacar al otro de sus casillas, sin conseguirlo.

Cuando Barcas, que así era el tabernero, se cansó de razonar sin haber meneado lo más mínimo al viejo, se calló. Este levantó las cejas como sorprendido, guiñóle un ojo y con la voz más sosegada que pudo encontrar dijo, poniendo el vaso encima del mostrador:

—Otro vasito, compadre.

La juerga que se armó fué fenomenal. Hubo grandes risas. Tuvo salero el viejo. Pero a Barcas maldita la gracia que le hizo. Sus ojuelos brillaron más encolerizados que nunca. Se separó un momento del mostrador, apretó los labios como para decir una barbaridad, pero los volvió a cerrar sin decir ni amén. Cayó de pronto en lo ridículo de la situación. Tragó de momento todo el aire que pudo y su rostro se acaloró más aún al decir, temblándole las bolsas de la cara:

—La casa convida, compadre Garciangúlez.

Y con voz tonante, gritó a la maritornes que le ayudaba en el mostrador:

—Una ronda para todos.

Ninguno esperábamos aquello. Un hurra regocijado saludó la salida de Barcas, que reía de oreja a oreja, viendo el éxito de lo que había dicho. Sólo el viejo se quedó tan tranquilo, como si la cosa no fuera con él.

Las mujeronas y los marineros se aprisaron a llenar los vasos y a brindar por los dos, felicitando al viejo por su tranquilidad y al tabernero por su esplendidez.

Garciangúlez se acercó al mostrador y le tendió la mano a Barcas, quien se la estrechó calurosamente.

—Pasado mañana te llevaré los bultos, Barcas—dijo—; mañana es completamente imposible. Lo tenías que haber conocido.

—No hay prisa, amigo—se apresuró a contestar Barcas—. Pasado mañana o el otro.

—No, será pasado mañana—repuso el viejo con firmeza.

Entonces me acerqué yo. Me había metido en la última fila de curiosos y no me había acercado a ellos hasta aquel momento. Tenía ganas de conocer a aquel viejo que cuando decía que no era que no. Luego, cuando lo pude conocer bien, me di cuenta de que nunca lo decía a humo de pajas.

—Eso puede arreglarse, ¿no?—me dirigí a la vez a los dos—. Mañana pienso marchar a Rubiercos. Necesito un guía y llevo poco equipaje. Pueden ir sus bultos en la mula que yo tendré que alquilar. ¿Quiere usted servirme de guía?—le pregunté a Garciangúlez.

El cosario me miró de pies a cabeza, tasándome de una sola ojeada.

—¿Va usted de veraneo, señor?—me preguntó con finura—. ¿Conoce el pueblo?

—No—le respondí—, y tengo buenos antojos de conocerlo. He oído hablar algo de él. Un pueblo bonito, ¿no?

—Un pueblo precioso—intercaló Barcas—; es mismamente una perla. Vaya, señor. Lo pasará bien.

—Eso quiero—dije a mi vez—. ¿Puede usted servirme de guía? Me he noticiado que parte mañana y que es usted el cosario.

—¡Ah, sí!—largó el viejo con gracia—. Barcas ha tenido la gentileza de informarle, ¿no es así?

Y se volvió, mirando al tabernero con una picardía en los ojos. Este no entendió al pronto la metida, pero de repente se puso rojo como un pavo y se echó a reír tratando de disimular. Tosió un poco y se metió en la cocina, con el tute de dar órdenes a la maritornes.

Garciangúlez lo siguió con sus ojos negrísimos, en los que relumbraba una malicia de buena pimienta.

—No es mal muchacho—me dijo, refiriéndose al otro, como si acabara de cumplir los veinticinco reales y no los cincuenta y tantos que parecía—. Tengo un par de mulas con las que hago el transporte y no las puedo cargar hasta la boca, porque el camino hasta Rubiercos es un camino de fatiga.

Me miró con significación. Yo alargué el trapo, contestándole de vuelta:

—No me importa. Mi oficio es conocer cosas y personas. Quiero ir a Rubiercos.

—Es un pueblecito pequeño muy tranquilo, señor—me dijo reposadamente mientras sacaba una pipa y me daba tabaco—. Allí es necesario amar el mar para pasarlo bien.

—El mar es uno de mis amores—le largué con la mayor sencillez que pude.

Me miró sin sorpresa, como si estuviera muy acostumbrado a escuchar estas cosas. Yo lié un cigarro y él llenó su pipa hasta los bordes. Luego se dió candela con un mechero muy grande que tenía un trozo de mecha color naranja con rayas negras, que tendría sus buenos diez años. Pero encendía que daba gusto. Empezamos a fumar. El tabaco era espeso y fuerte, se agarraba a la garganta, pero sabía bien.

En aquel momento salió Barcas de la trastienda y el viejo le ofreció tabaco. Este lió un pitillo mientras nos miraba curiosamente, como queriendo adivinar lo que habíamos estado hablando. El viejo me dijo:

—Como usted pensaba hacer, tendrá que alquilar una mula, señor. Rubiercos está a ocho kilómetros de aquí. Todo a través de sierra. Creo que dijo usted que tenía poco equipaje.

—Sí—contesté mirando a Barcas—; si no son muy grandes sus bultos, pueden ir conmigo. Además, me gusta andar, y la mayor parte del camino la haré a pie.

El cosario meneó la cabeza. Tuvo una fina sonrisa.

—No podrá, señor. Buena parte del camino es sólo para mulas.

—Es cierto—apuntó el tabernero—. Yo se lo agradezco, señor. Mis bultos pueden ir otro día. No tengo prisa.

—Creo que podremos arreglarnos—habló Garciangúlez—. Alquilando una buena bestia, que sea fuerte, podremos ir todos requetebién.

—Entonces, ¿preparo los bultos?—preguntó Barcas con las cejas muy levantadas y los ojos bizqueándole un poco.

—Prepáralos, tunante—le aclaró el viejo con sorna—. Al fin te saliste con la tuya.—Luego, dirigiéndose a mí—: Perfectamente. Dígame su nombre, por favor—me pidió.

—Vargas—le contesté—. Carmelo Vargas.

—Muy bien, señor Vargas. Mi nombre ya lo conoce. Mañana le espero delante de la taberna, a las ocho de la mañana. ¿Quiere que me encargue del alquiler de la bestia?

—Sí, sí—me apresuré a responderle—; encárguese de todo. Si necesita algún dinero—añadí, echándome mano al bolsillo.

—Basta, señor Vargas—me paró con soltura el ademán—. No necesito nada. Al final, en el pueblo, ya ajustaremos cuentas.

—Como quiera—me agradó la fineza.

—¿Una copita, señores?—intervino el tabernero con una sonrisa de conejo—. Es por cuenta de la casa.

Garciangúlez lo guipó con socarronería. Largó una buena bocanada de humo y me miró con los ojos maliciosos. Yo no pude menos de sonreírme con finura.

—Venga, tunante—dijo el cosario con voz potente y simulando una mirada feroche con la que quiso fulminar al tunante. Se le veía, sin embargo, cierto aprecio en la tarascada—. Echa, que me tengo que ir.

Barcas se aprisó a llenar nuestros vasos con el mejor vino que tenía, llenando también el suyo. Trincamos juntos y repetimos la ronda hasta dos veces más. Todo por cuenta de la casa. Era un vinillo fuertecillo que se colaba sin sentir. Ponía la garganta caliente y el estómago en su punto.

Al fin nos despedimos. La taberna ya estaba vacía. Los marineros y las mujeres se habían ido ya a la cama, era de creer. Sólo se oía el ruido que hacía la fregona en la cocina. Barcas nos acompañó hasta la puerta. Conservaba su mueca de satisfacción en la cara mientras nos veía ir calle abajo.

* * *

El día siguiente se presentó bueno. La playa de Tarifa, redonda como un cuenco, se veía bien desde la puerta de la taberna. El día soleado quería entrar hasta los rincones más oscuros. Yo me arrimé al interior y me puso en sorpresa que el lóbrego antro del día de ayer se hubiera cambiado en una sala alegre, gracias al sol que entraba por la ventana. Sobre las mesas, con manchas vinosas en la tapa y por el brillo del fregado matutino, relumbraba el sol arrancando reflejos a la vieja madera. La sala estaba silenciosa y no había allí ni un alma. Barcas estaba dentro preparando sus fritangas. Yo me fuí afuera, porque siempre me ha gustado el aire libre y más en un día como aquél.

Había llegado demasiado temprano y tuve que esperar un rato a Garciangúlez. Me entretuve mirándolo y fisgándolo todo. La taberna o cafetucho es como una avanzada del pueblo. Está muy cerca de las casetas de la playa, que estaban ya deshabitadas. El sol, a la hora de las siete, lleva en este tiempo de otoño en que aprieta regular el calor un buen camino recorrido. Se agarra a las casas del pueblo y las está acariciando todo el día. Había aún muy poco movimiento. Se conoce que yo me había levantado demasiado temprano. Luego me enteré de que por aquella parte no salían los marineros a la pesca. Lo hacían por el otro lado de la costa y bien temprano que salían.

Me extrañó entonces la situación de la taberna. Alrededor no había más que chalets de gente rica que venía a pasar temporadas. Pensé que poco negocio haría Barcas con aquella vecindad. Luego me dijo él que los pescadores no acostumbraban a ir a su taberna porque les pillaba un poco lejos. Los que iban allí eran los marineros de los barcos que atracaban en el muelle, que estaba muy cerca, tapado por los chalets.

Junto a éstos se divisaba una plazoleta chiquita con una fuentecilla en medio y con cuatro o cinco bancos alrededor, a los que daban sombra unos cuantos árboles raquíticos. Bien poca daban, desde luego.

Miré hacia delante. Allí estaba el mar.

La playa parecía que no había sido nunca estrenada. Ya he dicho que era como un cuenco muy grande. Alrededor toda de ella había muchas casetas, cada una de un color, que hacían bonito. En la parte izquierda y siguiendo hasta el mar, había unas rocas pulimentadas por las continuas caricias del agua. La arena era tan fina que daba gusto pisarla. Me quité los zapatos y los calcetines y empecé a andar a la vera de la orilla. El agua tenía tantos colores como yo nunca le había visto. Variaba desde el azul oscuro hasta el verde claro. En el silencio de la mañana venía hasta mis pies y me los besaba, como haciéndome requiebros. Yo me dejaba requebrar. La espuma, más blanca que el marfil, se pegaba a la arena y dejaba en ella un surco bonito de veras. Hacía un grato rumor en el día, que se estaba poniendo calentito. Miré a lo lejos, y destacándose con claridad sobre el fondo del cielo vi un velerito. Un velerito como hemos visto tantas veces en las postales, pero esta vez era de los buenos. Se veía la línea graciosa del velamen empujado por una brisilla que se había levantado. El palo de en medio, rojo entre las dos velas blanquísimas, se veía bien aún a tan gran distancia.

Una nubecilla blanca, como la cara gorda de un niño, navegaba por el cielo, empañando su soledad azul. La contemplé embobado, tan linda resultaba. Nunca había pensado que de cosas tan simples se pudiera sacar tanto gusto. Hice promesa de vivir mucho al aire libre. Se estaba muy ricamente.

Sentí una voz que me llamaba. Embobado como estaba, no había caído en el viejo Garciangúlez, que me estaba esperando. Me fuí a la arena seca y limpiándome los pies como pude me coloqué los calcetines y los zapatos, no sin sentirme un poco molesto por el poco de arena que me había quedado en el calcañar.

El cosario traía unas buenas bestias. Una de ellas era la que se había buscado para mí. Parecía mansa y noblota. Garciangúlez le había puesto una albarda lo más cómoda posible, hecha de buen esparto, con una manta gruesa por encima. Me pareció que podría ir bien.

En esto apareció Barcas con dos bultos grandecitos, que por lo que luego supe contenían redes de pesca. Eran para unos amigos suyos de Rubiercos, a los que debía buenos favores. Quería cumplir por derecho. El les mandaba redes compradas en el pueblo y ellos le correspondían con buenas piezas cogidas en la mar.

El viejo ayudó a Barcas a cargar los bultos encima de la bestia. Dejaron en el centro un sitio para mí. Ya todo preparado, Garciangúlez me invitó a montar. Yo le dije que no, porque estoy acostumbrado a andar y tenía ganas de estirar las piernas. No hizo ningún comentario, pero Barcas se sonrió un poco.

Nos despedimos de él y echamos a andar. Garciangúlez, delante, llevando las riendas de la primera bestia. Detras, la otra, amarrada a la que iba en cabeza. Después yo, llevando las riendas de la mula que me había caído en suerte. Las dos primeras bien cargadas. La mía, no tanto. Eran todas buenas, como escogidas por el viejo.

La salida del pueblo no tiene nada de particular. Cogimos por una calle que tiraba hacia arriba, que estaba muy mal empedrada. Como era todavía temprano, no había gente. Sólo un viejo con un borriquillo cargado de cántaros de agua que iba calle abajo, esto es, hacia el pueblo. Atravesamos una plaza donde había muchos árboles, que daban buen olor a aquella hora de la mañana. Aunque les había pasado el brote tierno de la primavera y la madura granazón del verano se les notaba todavía la savia caliente del otoño primerizo. En medio de la plaza, que era en forma entrelarga, estaba en alto lo que pensé sería el paseo del pueblo. Había varias entradas por las que se llegaba a él, teniendo en cada una dos escalones muy gastados para subir. En la mitad de la alameda había una fuentecica con unas ranas de piedra alrededor. Por las bocas de las ranas salía un chorrito de agua, que iba a parar al medio de la fuentecica. La plaza tenía bancos a los alrededores, que darían buena sombra en cuanto apretara el sol, a causa de los buenos árboles que los cobijaban amorosamente.

Salimos de allí y tiramos para la sierra. En cuanto terminaba el pueblo empezaba la cuesta y se abría el paisaje. Hacia

el frente todo eran montañas. A los lados, ya salidas del pueblo, había unas casas medio caídas, que daba pena verlas. Sin embargo, debía haber gente dentro, porque se veía un hilillo de humo saliendo de la chimenea y un perro flaco en la puerta mirándonos pasar con los ojos tristes y pensadores.

Yo me había parado a ver aquello. Garciangúlez también, como dando a entender que tanto daba llegar hoy como mañana. La carretera era como una vereda ancha, que se metía como un cuchillo en la montaña. A los lados había rocas tan grandes como carros, que se levantaban hasta el cielo como desafiándolo. Unas encima de otras, parecían haber crecido como árboles enormes con un tronco común y muchas ramas rocosas que amenazaban desplomarse sobre la carretera. Esta daba una vuelta en cuanto empezaba y desde allí se podía ver el pueblo.

Este, tan grande como parecía cuando se estaba dentro de él, parecía una tarjeta postal desde allí en alto. Se le dominaba bien. Al fondo se veían montañas azules y grises, de un color entonado. Más acá se veía la iglesuca, como un espadín muy largo sobresaliendo de entre todas las casas. Las casas desde aquí se veían bastante chicas, como chatas. Y eso que no estábamos muy lejos; pero es que en seguida nos habíamos montado en la ladera de la sierra. Al otro lado, junto a más montañas, se veía brillar el agua del mar acariciando la playa. El sol, caído sobre el agua, le arrancaba buenos reflejos.

Garciangúlez, que se había parado a mi lado, sacó parsimoniosamente la cajetilla de tabaco y me dió un cigarro. Empezamos a echar humo. Yo dije: «¿Vamos?», y echamos a andar por el camino de chinitas.

Pasamos el pueblo. A los lados del camino empezaron a salir rocas y más rocas, todas cortadas a pico por el gobierno. Pensé que allí tenían que haberse echado buenos jornales. Ahora que habían sido bien sudados. La piedra, a ratos gris y a ratos rojiza, parecía más dura que el granito. Entre las junturas de las rocas habían crecido plantas de grama y de matorrera silvestre. Estoy seguro de que si allí crecían aquellas plantas, ya podían crecer en todo el mundo. Había que ver. Saliendo de la roca y viviendo del sol y del agua del cielo, casi sin tierra donde crecer.

El viejo se volvió hacia mí y me dijo:

—Un kilómetro, señor. Ya falta menos para llegar.

Se había adelantado un poco a mí. Iba con la gorra encasquetada y con su paso mesurado que nada podía alterar. No

habíamos cambiado una palabra desde que salimos. El había visto que me gustaba aquello y me había dejado a mis anchas. No era hablador. Ni a mí me hubiera gustado que lo fuese. Me gustan más bien los hombres escasos de palabras. Son más cumplidores. Lo he comprobado.

Me acerqué a él y empezamos a andar juntos. El no decía una palabra. Echaba humo y contemplaba el paisaje con los ojillos entornados.

El sol empezaba a calentar lo suyo, a pesar de estar todavía bajo en el cielo. Le pregunté:

—¿Qué hora es, Garciangúlez?

—Las nueve y media, señor—me contestó ligero y sin mirar el reloj.

Me puso en sorpresa lo pronto de la respuesta. Lo miré y él lo conoció. Sin embargo, esperó mi pregunta.

—¿Cómo lo sabe tan pronto y tan fijo?

—Aquello—me contestó, y señaló lo más empinado de la montaña.

El sol trazaba una raya precisa en lo alto de las rocas más puntiagudas. Aquello era como un telera puesta de pie con un cuchillo de sol dándole en medio. Me explicó:

—Nosotros, los marineros, los que hemos sido marineros, sabemos la hora por el cielo. Las estrellas nos lo dicen. Cuando me alejé del mar, ya no pude saber la hora por ellas. Hice una cosa. Me aprendí estas sierras de cabo a rabo. Podría andar por estos vericuetos de noche y no me perdería. Según el sol sobre las rocas, sé la hora que es mucho mejor que si tuviera un reloj. Un reloj puede estropearse...

—Pero si el cielo está nublado—le puse por medio.

Tuvo una sonrisa de viejo cazurro.

—Entonces, lo saco.—Y se echó afuera del pellizón un enorme reloj de plata, pero muy antiguo por las trazas. Yo no pude menos de reírme—. Sin embargo—añadió—, aquí en estas sierras son pocos los días sin sol. El cielo está aquí todos los días con esta gloria.

En verdad, era una gloria. El pajolero viejo no andaba falto de razón. El día era tan claro como un espejo. El cielo era de un azul igual que la mar de aquella mañana y una ligera brisilla acariciaba la cara, bajando un tanto la calorcilla que empezaba a caer de lo alto. Me siguió hablando:

—Aquí no son frecuentes los días lluviosos. En invierno los días fríos, sí. Pero sólo por la sierra. En el pueblo, no. Allí todo el año hace bueno de frío. Lo que achica a la gente es sobre

todo la tormenta. La tormenta es mala, señor. Ha habido años que se ha tragado a mucha gente. Allí conocen muy bien a la mar y saben cómo requebrarla. Pero, amigo, la mar es como una mujer, que hoy tiene buena cara y mañana no hay quien la aguante.

Me eché a reír. El me miró tan tranquilo, como si no hubiera cosa en el mundo que lo cogiera descuidado. Sus ojillos negros parecían haber visto muchas cosas.

—¿Ha sido usted marinero?—le pregunté.

—Toda la vida. Hasta que me quedé sin barca—me contestó con buen ademán, como si diera la cosa por demasiado sabida—. He corrido un rato, sí señor. Primero por el mundo. Luego en la tierra. Marinero de buenos rumbos, eso es. De buenos rumbos. Luego, cuando no pude con el alto calado, pesqué. Me arrimé a Rubiercos, me compré una buena barca y tiré para la bahía. Pero malo, malo fué aquello...

Se calló un momento, atizó la pipa y se puso amargo:

—La barca, señor, la barca. Hubo una mala racha. La necesidad nos apretó a todos. Aquel invierno fué muy duro. Días enteros sin poder salir de pesca, metidos en las casas. Sin salir siquiera a la playa. Con una tormenta de una semana. El mar, bravío como nunca. Y el invierno anterior había sido malo. Y el otro. Y los veranos no habían servido para reponernos. Todos estábamos sin blanca. Nos reuníamos en la taberna a hablar del tiempo. Luego, ni eso. Hasta que nos decidimos. El día había amanecido mejorcito. Había nubes pesadas tapando enteramente el cielo, pero estaban blancas. Y el mar estaba más sosegado. Salimos cinco barcas de las veintidós del pueblo. Los demás no se atrevieron e hicieron bien. Ibamos diez hombres por barca. Cincuenta en total. Y echamos adelante, metiéndonos en la mar fosca. Cuando íbamos bordeando el pico oeste de la bahía, el cielo empezó a ponerse negro y el mar feo. Pero no nos volvimos. La despensa estaba vacía y había que llenarla como fuera. Y seguimos adelante...

Se paró, cayendo en pensamiento. No quise empujarle. El viejo me gustaba, tenía sangre. Los ojos, en aquella mañana tan buena, se le habían puesto trágicos.

—Pasó lo que tenía que pasar—añadió, encogiéndose de hombros—. La mar empezó a ponerse cada vez más farruca. Procurábamos no distanciarnos mucho unos de otros, para ayudarnos en caso de apuro. Echábamos las redes y se llenaban pronto. Aquello estaba bueno. Pero no dejábamos de mirar al cielo, que se estaba poniendo cada vez más oscuro. Las barcas

empezaron a pegar bordadas cada vez más fuertes, bailándonos de lo lindo sin parar. Aquello se ponía malo. Comenzamos a recoger las redes. Algo habíamos llenado. El cielo pareció abrirse lloviendo cataratas, pero aquello no nos importaba. Lo que importaba era la mar, cada vez más violenta. Las olas venían sobre la embarcación y barrían toda la cubierta, haciéndola bailar como una cáscara de nuez. Pero no nos arredramos y trincamos para adelante, es decir, para atrás. La pesca que habíamos hecho no era mala y apenas habíamos llegado a alta mar. Con que nos largamos hacia tierra. Era lo más indicado, porque la mar seguía dura y todos estábamos calados hasta los huesos. Pero de pronto empezó la mar a rebenquear, apretándonos el cinturón. Olas como montañas se tiraron sobre nosotros, cegándonos. Todos éramos buenos patrones, bien lo sabe Dios, y bien curtidos los marineros en aquellos lances. Pero el estado de la mar ponía frío en el ánimo de los más templados. Había que poner bien la proa contra la ola. De otro modo...

—¿Consiguieron llegar a tierra?—le pregunté, con el ánimo suspenso de lo que contaba.

—Todos, no. Allí se quedaron dos. Primero volcó la barca del Zocato, un pescador de lo más bregado, aunque ninguno le iba en zaga. Pero era mucho temporal. Demasiado. Nos arrimamos al sitio donde habían caído y empezamos a recoger gente en medio de aquel fregado. Pero dos se habían ido ya para el fondo, junto con la barca. Como si le hubieran tirado para abajo con una cuerda. Tan ligero pasó todo. Hicimos lo imposible por encontrarlos, pero ¡que si quieres!, desaparecieron como si nunca hubieran existido. Echamos cuerda para remontarlos y sólo subieron ocho. De los otros...

—¿Se perdieron más?

—Más vidas, no, gracias a la Virgen. Otra barca, sí. La mía. Nos cogió una bordada violenta de costado y puso la barca patas arriba, yendo todos a parar al agua. Pero estábamos ya a la vista del pueblo y la mar se había sosegado un poco, aunque no lo bastante para no tirar mi barca. Nos aguantamos como pudimos y vinieron a recogernos en seguida los otros. Aquí no se perdió ninguna vida. Las tres barcas restantes pudieron arribar, completamente maltrechas. La escena de la gente esperándonos no se me podrá nunca olvidar. Los marineros naufragados eran los dos casados y con hijos. Los esperaban buscándolos entre nosotros y preguntándonos. Nosotros no teníamos contestación para ellas. Cuando se enteraron, aquello era para verlo. Desgarradas en sollozos, con la pena de la tra-

gedia en los ojos y los hijos colgándoles de las haldas, se volvieron terribles contra el mar y le pidieron sus hombres...

Se le ha amargado la voz al viejo, como si sintiera todavía en la boca el sabor de la trágica aventura. El recuerdo lo ha puesto sombrío y a mí me ha impresionado. Ha contado las cosas con tan brava hombría que me ha llegado dentro. Seguíamos andando. Yo no sabía qué decirle para consolarlo. Me parecía tan sencillamente tremendo lo que me había contado, que todas las palabras se me habían quedado chicas para responderle.

—Ya hemos andado el kilómetro tres, señor—me habló con la garganta todavía pasada de la emoción—. Nos faltan cinco para llegar.

Yo conformé sin decir una buena palabra. Tenía curiosidad por saber lo que había pasado después; pero como el viejo se calló, yo respeté su silencio. Pero a poco, habiendo tomado la confianza, siguió diciendo:

—Aquellas mujeres se habían quedado sin sus maridos y yo sin mi barca. Ellas habían perdido más que yo. Me ofrecieron un sitio en una de las lanchas, pero yo estaba demasiado viejo para hacer de buen marinero y preferí hacer de cosario. Por lo menos estoy más independiente. Me gano la vida y voy ahorrando algo para cuando no pueda valerme.

—¿Está casado?—le pregunté.

—Estuve, señor, estuve. Hace muchos veranos que murió mi mujer. Sin dejarme hijos.

Me compadecí de él, a pesar de que parecía encontrarse a gusto en su independencia. Yo sabía que cuando no pudiera valerse, si no conseguía agenciarse unos cuartos, no lo iba a pasar bien. Es mucho lo que en este mundo cada uno mira para su pellejo.

Las bestias trotaban cansinamente detrás de nosotros. Yo había acabado por amarrar las riendas de la mía a la última de Garciangúlez, y andaba con las manos metidas en los bolsillos y esculcándolo todo. El camino se había hecho ya caminejo. Las rocas parecían que habían andado hasta nosotros y nos querían cortar las andadas. Eran del color de la pizarra con unos picos agudos. Parecía imposible, pero entre ellas habían crecido unas zarzamoras verdosas de hojas y coloradas de frutos. Yo me acerqué a una de ellas a triscar la roja guinda que apetecible estaba.

—No lo haga, señor—me paró el viejo con la mano—, no son buenas. Son completamente silvestres. Una sola vez las

probé yo y no quisiera repetir a pesar de la buena yema que tienen.

Las dejé, no sin remirarlas, porque bien que se me habían entrado por el ojo. Eran de un rojo oscuro precioso, con el bermellón sombrío y jugoso. Los granulados tenían botoncitos negros en el centro y cada mora era la miniatura de una piña, con los casquillos cubriéndole todo el alrededor.

En el kilómetro cuatro el camino ya se dejaba sentir, a pesar de que yo estaba acostumbrado a andar por bastantes vericuetos. Rocas a un lado y a otro nos cercaban, dejando apenas un estrecho paso por el que con trabajo cabían las bestias. La vista, de verdad, era buena. Un tajo de cielo se divisaba entre las últimas rocas, que eran ya de un color amarillo pálido.

En medio del camino estrecho había piedras que se conocía que venían de lo alto. Aunque era relativamente corta la distancia recorrida, la vereda, trabajosa, me ponía los pies fatigosos y pesados. El viejo lo notó, que pocas cosas se le escapaban, y se paró, preguntándome:

—¿Quiere usted subir a la bestia, señor?

Me remoloneé un poco porque me parecía de poca igualdad que fuera él a pie y yo manga a la silla. Pero al fin le solté:

—Y usted, ¿no sube?

Se acercó a mí, y ni corto ni perezoso me ayudó a ponerme encima del lomo, acomodado entre los dos bultos de Barcas, al tiempo que me decía:

—Yo subiré en seguida. Se nota el viaje. Queda todavía la mitad y el terreno es francamente malo...

Así dijo, y seguimos adelante; él, con las bestias del ronzal; yo, acodado a la silla de la última y sin decir oste ni moste. Alrededor de la hora que íbamos caminando de esa manera, empezó a anchurarse otra vez el sendero, al salir de lo más duro de la sierra. El cielo se agrandó y las rocas se achicaron. En el kilómetro siete empezó a dejarse ver la vegetación. Una higuera ancha como el cuerpo de un hombre se agachaba sobre el caminante, ofreciendo su fruto con holgura. Allí nos paramos un rato a la sombra, sacamos agua y una merendola y trincamos el viejo y yo en amor y compañía. Cuando seguimos adelante, yo no quise subirme a la bestia porque el camino había mejorado y los pies los tenía más frescos. El viejo estaba tan campante, como si los años fueran para él hacia atrás en vez de hacia adelante. No se había empernacado en la mula ni había descansado hasta aquel momento. Se conoce que era

fuerte como una encina vieja. Le envidié el buen semblante y el suelto ademán con que me iba explicando, ya abierta la espita de la lengua, todo lo que veían mis ojos, afanándose en cumplir lo mejor posible. Me prometí pagarle con largueza, aunque no creía que fuera eso lo que buscara.

Al albor del mediodía el rumor de la mar empezó a entrar por la onda sonora de la sierra. Se escuchaba al principio muy a lo lejos, acercándose a medida que seguíamos andando, hasta que al dar una vuelta, el iris de los ojos se calentó con la estampa de un pueblecillo dormido a la orilla del mar luminoso. Era Rubiercos...

* * *

Nos detuvimos en lo alto del monte. A los pies se veía el pueblo, con las casas blanquísimas reluciendo al sol de la mañana. Al frente, a la alcanzada de un kilómetro poco más o menos, se veía el mar. Estaba parejo como una balsa. El sol caía sobre él y lo ponía precioso, con unos tonos de esmeralda y cielo, verde y azul, que me dejó en suspenso. El viejo, a mi lado, también lo veía con gusto. Se le conocía en los ojillos entornados.

Empezamos a bajar. Era un camino de mala herradura el que cogía hasta el villorrio. A los lados, sin embargo, tenía buenos árboles que alegraban la vista después de lo seco de la sierra. Hondonada va, hondonada viene, el pueblo, tan cerca como parecía, estaba a un buen trecho del montecillo desde donde lo habíamos divisado.

Por fin, a la espalda de un camino fueron apareciendo las primeras casas. Ya he dicho que eran bien nutridas de cal, talmente que las hubieran encalado aquella mañana. Las calles son estrechas y mal empedradas, como hechas del tiempo de los moros. A los lados había escasos comercios en los que al pasar vi poca gente. Todo más tranquilo que verbena por la mañana en día de trabajo.

Rubiercos de la Sierra tiene una panzada de años encima de los pellejos. No es pueblo nuevo, no. Está metido entre la sierra y el mar, como cercado entre dos fuerzas tremendas. La fuerza quieta de la piedra y la fuerza movediza de la ola.

Me gustó aquello. Por las calles, poca gente en verdad. A la que había, mujeres más que nada, porque los hombres estaban en la pesca, iba Garciangúlez repartiendo saludos, porque de todos era allí conocido.

En cuanto pasamos las primeras casas nos metimos en la

calle Real, que es la principalita del pueblo. Es una calle ancha y mal pavimentada, con las losas de las aceras y las piedras chinudas muy desiguales. Está por el medio más baja que por los lados. Se conocía que todavía mangoneaban por allí las quebraduras de la sierra.

Tiramos para la posada de doña Frasca, la única del pueblo, que no había por allí fonda ni cosa que se le pareciera. Estaba en la mitad de la calle Real. Una puerta grande como la de una cochera, por la que pasamos a una sala tamaño un patio. Estaba más mal enlosada que la calle todavía. En el centro tenía una columna cuadrada bien enjalbegada. A la derecha había un mostrador que cogía la mitad de la pared y, a seguido, una puerta por la que salía el tufillo apetitoso de unas fritangas, por lo que calé era la cocina. Al fondo, a la parte de la diestra, estaba una puerta bien ancha que daba al establo. En lo que restaba de sitio había una mesa pegada a la pared con dos sillones fraileros, donde acostumbraban a comer los huéspedes, si es que los había. En la pared siniestra había un par de puertas; una era la de la habitación de doña Frasca, y la otra, que daba pie de una escalera, por la que se subía al soberado, que fué donde me asentaron.

Allí no había nadie cuando llegamos. Garciangúlez, por soltar pronto las bestias, se excusó un momento y fué por ellas a la calle. Tranquilamente las metió por la sala hasta el establo, no sin que una de ellas, caprichosa, dejara por allí señales de su paso. Luego, el viejo volvió y empezó a dar palmadas. Al poco se abrió la puerta que daba al soberado y apareció una señora vestida de negro, que Garciangúlez me presentó como la dueña de la posada. Se llamaba, como creo haber soltado ya, y si no lo suelto ahora, doña Frasca. Era una mujer más vieja que un padre de la Iglesia, con la cara más arrugada que he visto en mi vida. Parecía limpia y bien dispuesta, que es lo menos que se le puede pedir a una mujer dueña de posada. Me atendió con finura y me dijo que pocos huéspedes se daban por allí, pero que los que iban no salían nunca malparados; antes bien, algunos hasta habían vuelto varias veces.

—Créame, señor, aquí será tratado a cuerpo de rey—me dijo—; limpieza y buena comida, que es lo principal. No habrá grandes comodidades, pero lo que es lo necesario para pasarlo medio bien no falta aquí nada. ¿Piensa estar usted mucho tiempo en el pueblo?

—Pues no lo sé de fijo—le contesté, porque, en verdad, no había hechos planes hasta aquel momento—. Soy bastante mo-

vedero y cuando me encuentro a gusto en un sitio me paso allí buenas temporadas. Pero el pueblo me gusta y...

—Nada, señor. Usted no tiene que dar más explicaciones. La habitación mejor para huéspedes está arriba. Es algo destartalada, pero de buena vista y de buena luz. Estará aquí como en su propia casa.

No quise decirle que mi casa estaba en cada sitio donde iba, porque no tenía paradero fijo donde me gustara amollarme demasiado. Garciangúlez había descargado mis maletas y los bultos de Barcas de mi bestia y los había traído hasta aquí. Doña Frasca se dispuso a llevarme a la habitación que me cobijaría, pero al dirigirnos allá echó el ojo encima a las señales que había dejado la mula al pasar. Nada más verlas, se le engarabitaron las manos, y pidiéndome un segundo la espera, se metió dentro y sacó una escoba tamaña con la que barrió en un santiamén las castañas de la bestia.

Garciangúlez se despidió de mí. Yo quise ajustar cuentas con él, pero me paró sosegadamente, como siempre lo hacía, diciéndome que volvería luego con más pachorra, que ahora tenía que repartir los encargos. Y se fué cargado de bultos.

Doña Frasca, más parlanchina que un papagayo, me condujo a la sala de huéspedes principal, esto es, al soberado. Era una pieza grande y casi vacía en proporción, que tenía un par de ventanas a la calle. Una cama, dos sillas, un ropero chico y una mesilla de noche era todo lo que había allí. Doña Frasca, diligente como una moza, me trajo una buena palangana con agua por si quería lavarme. Pero yo tenía más ganas de tumbarme un rato que de otra cosa, conque viendo que no tenía ganas de conversación, me dejó en paz y se fué a sus quehaceres.

Yo me dejé caer en la cama, vestido y todo, mientras repasaba en la cabeza todos los sucedidos del viaje hasta Rubiercos y la impresión que el pueblo me había dado, que era buena. Pensé que si me hallaba bien allí, quizá pasara una buena temporada.

Estando con estos pensares, una voz de hombre me pidió permiso para pasar, lo que di. Era un mozancón colorado de cara y rubio de pelo, con aire algo simplote, que atendía por Antón. Era el criado de la posada, y me traía las dos maletas. Le di una peseta y se fué más contento que mozuela con novio recién pescado. Yo me levanté a abrir las maletas y a colocar bien lo que traía por allí.

Sería alrededor de la una cuando Antón subió a avisarme

para que bajara a almorzar. Así lo hice, y me encontré abajo a Garciangúlez, que venía a hacer lo mismo. Liquidamos cuentas y comimos a la par, como era de razón.

Estando de almuerzo y sirviéndonos doña Frasca, empezó Garciangúlez a chicolearla con donosura, talmente que si fuera una chicuela. Al parecer tenían mucha confianza, viniendo a decirme que eran hasta de la misma quinta. La vieja se reía y respondía con gracejo dentro de la buena manera. Luego me enteré de que el viejo iba allí diariamente a comer y a cenar y dormía en su casita de antiguo pescador, a la que tenía mucho cariño.

Yo estaba todavía bien cansado de la caminata, que en vida me había topado por unos vericuetos tan resabiados y con tantas migas como los de aquella mañana. Cuando terminamos, me despedí del cosario, quedando con él en vernos allí mismo a la caída de la tarde, y subí a echarme una siestecita, que buena falta me hacía.

* * *

Por la tarde vino a encontrarme. Nos fuimos hacia la playa, que yo tenía ganas de conocerla. Estaba del pueblo cerca de un kilómetro, y por la misma entrada por donde habíamos llegado cogía el camino hacia ella. Eran cerca de las siete cuando llegamos, y había poca gente, porque todavía era demasiado pronto para que llegaran los pescadores, que habían salido de amanecida. La playa de Rubiercos es doble tamaño que la de Tarifa, con ser el pueblo mucho más chico. Como a distancia de doscientas varas de la orilla había una especie de tabernucha, que era como un botón pegado en el gran manto de arena fina. A aquella hora de atardecida la mar estaba serena como un mamoncillo recién destetado. Venía con parsimonia hasta la arena y dejaba señales blancas de espuma que se retiraba luego como ganosa de volver a su propio lecho marítimo. La gente que había estado recogiendo almejas y coquinas empezó a marcharse pronto, porque eran mujeres y niños casi todos, con algún que otro viejo; estaba llegando la oscurecida y quedaba un buen trecho hasta el pueblo.

Recorrimos la playa de punta a punta, sintiendo el gozoso cantar de las olas que venían a parar mansamente a nuestros pies. Habíamos quedado callados, que hay ocasiones que las palabras no tienen por qué decirse y es mejor tenerlas bajo llave. Había rocas gris oscuro en el extremo fin de la playa, y en ellas nos sentamos a ver oscurecer.

Ya se había puesto el sol y el día estaba dando las boqueadas. El cielo se había quedado casi blanco, con algunas gaviotas cruzando el espacio como en una última despedida del día. La mar estaba tersa y lametona, trayendo al ánimo una tranquilidad como pocas veces he tenido en mi vida de buen caminante. Miré a Garciangúlez. Tenía los ojillos entornados, mirando a la mar como si fueran viejos amigos, y en verdad que su cara decía la nostalgia que le paseaba por dentro, aunque no dijera una sola palabra. No en balde se había pasado la vida haciéndole requiebros y manseándola con la mirada. Y en verdad que lo que veía era digno de verse.

El cielo, poco a poco, se había puesto de un color azul oscuro, con estrellitas parpadeando en toda la extensión. Un trozo de luna al igual que una tajadita de melón dejaba caer sobre la playa un reflejo de fantasma, iluminando el agua con su luz fría y fantástica. Yo nunca había sentido un espectáculo igual. Notaba que la sangre me rebullía quieta en las venas con una paz y un sosiego de sentirme la mar serena paseándome por las entrañas del cuerpo.

El viejo dió de pronto un suspiro hondo y me dijo:

—¿Nos vamos, señor, para la taberna? Si le parece, allí podemos esperar la llegada de los pescadores, que todavía tienen que tardar lo suyo.

Yo me encontraba bien a gusto en la playa, pero por quitarle la pesadumbre que le notaba, le dije que sí, que en la taberna podíamos esperarlos. De manera que nos entramos al tenducho, que no otra cosa era. Una salita de regulares proporciones, con un mostrador de madera viejísima, media docena de mesas con sus correspondientes sillas y unos barriles detrás del mostrador que debían tener más años que Matusalén. Al lado de los barriles había una cortina pringosa que debía dar paso a lo que pensé sería la trastienda. Había allí solamente un par de hombrones jugando a las cartas en una mesa, y el dueño, al lado, haciendo de mirón.

Este se coló por detrás del mostrador en cuanto asomamos las caras y preguntó con urbanidad qué iban a tomar los señores. Era el tipo más flaco que he visto en mi vida. Parecía talmente un don Quijote de esos que se pavonean en las portadas de los libros. Flaco y larguísimo, tenía los ojuelos saltones y el habla sosegada, lo que me extrañó, porque no casaba una cosa con la otra. Un bigotazo gris le adornaba la cara, no faltándole más que la perilla para ser la viva estampa de don Quijote.

—Casiano—le dijo el viejo Garciangúlez—, este señor es don Carmelo Vargas y un buen amigo mío. Viene a Rubiercos para conocerlo y quiero que se lleve buena impresión de él. Tenemos que tratarlo a cuerpo de rey.

—Por mí, señor—contestó Casiano estrechándome la mano con calor—, saldrá usted de aquí lo mismito que hubiera salido del Paraíso. Garciangúlez es buen amigo mío y basta que él lo diga para que sea usted tratado a lo príncipe.

—Gracias, Casiano—le contesté, sincero, porque me había agradado su llaneza—. Yo también quiero decirle que me va gustando el pueblo y la gente (la poca que conozco), y que, a mi vez, quiero que quede buen recuerdo de mí.

—Todavía no ha llegado usted, como aquel que dice, y ya se está parlando de la ida—torció Garciangúlez—. Demos tiempo al tiempo y sonaja al ventero, que lo primero es pasar y lo último, marchar.

—Tiene usted razón—le afirmé—. Todavía no sé el tiempo que estaré aquí y la gana que tendré de marchar cuando pasen unos cuantos días.

Casiano se había metido dentro y volvió trayendo en la mano una botella de buen vino y tres vasitos.

—¿Un traguito, señores, por cuenta de la casa? Hay que celebrar el conocimiento de don Carmelo y la buena amistad que me parece que habrá entre todos nosotros.

Trincamos juntos varias veces, unas por cuenta de la casa y otras por cuenta de Garciangúlez, que no me dejaron meter baza en el pago.

—Pues, señor Vargas—me aplicó el tabernero—, no creo que lo pase usted mal aquí. La gente es pacífica y el mar a veces. Si le gusta éste pasará en Rubiercos buenos ratos. Han venido aquí señores que no han tenido reparos en salir a la pesca por la mañana temprano junto con los mozos del pueblo. De mañanita temprano da gusto respirar la mar tranquila como una balsa de aceite. Y a fe que esos señores volvían contentos del día pasado a la plena mar. Un día como pocos en su vida, decían algunos. Se les conocía en la cara la satisfacción, a pesar de lo cansados que venían. Y, a pesar de que muchos eran bien torpes, cosa natural no habiéndolo hecho en la vida, no traían mala pesca. Claro que los pescadores les ayudaban un poco bajo cuerda, que no se notara mucho. Si es usted aficionado, pasará aquí buenos ratos.

—Ya lo creo que me gusta la mar—le contesté—, y pienso que, si puede ser, con satisfacción iré un día de pesca con ellos.

Nunca lo he hecho. Pero una de mis ideas al venir era ésa. Me figuraba que en un pueblo de buenos pescadores no sería muy difícil llenar las redes.

—Y pensó usted bien—añadió Garciangúlez—. Es usted alto y fuerte, al parecer. Siendo de buena estatura se dominan bien los aparejos, y teniendo suerte y fuerza se pueden sacar buenas piezas de la mar. Dentro de algún tiempo, ya bien pasada la noche, arribarán los pescadores a la playa. Las mujeres vendrán con canastas a ayudarles, llevándose el pescado entre todos. Algunos se van directamente a Rubiercos, pero otros recalan aquí. Uno que acostumbra venir todos los días es José Marcos, un buen patrón de barca. Si le interesa podemos hablar con él para que le lleve en la suya.

—Ya lo creo que me interesa, y si puede ser, mañana mismo—respondí rápido, porque la idea de pasar un día a la mar abierta me ha dado siempre un sabor a libertad a que pocas cosas se parecen.

Los dos sonrieron al alimón al escucharme. Me habían conocido las ganas y vinieron a mi encuentro, porque la más principal idea que había tenido al venir al pueblecito de pescadores era salir con ellos a coger buenas piezas en su misma salsa, esto es, en su misma agua.

Seguimos charlando para ir haciendo tiempo. Me habían caído simpático los dos y a la vez hacíamos espera hasta la llegada de los pescadores. Los dos hombrones, cuando se hartaron de jugar, tomaron las de Villadiego, dando las buenas noches, como cumplía.

Nos asomamos afuera y sacamos unas sillas para seguir hablando. Pero, poco a poco, nos fué ganando la paz de la noche y dejamos a un lado la conversación, que no es hora de hablar cuando han llegado los tiempos del silencio.

Ahora era la noche la que lo llenaba todo, dejando sólo un quieto reflejo de luna sobre la quieta capa de las aguas. La playa estaba silenciosa, notándose únicamente el suave murmurio del mar acariciando la arena. El agua no tenía prisa por llegar a la tierra y venía con sus pasos contados, trayendo entre sus olas la belleza muerta del día.

Yo tenía la respiración casi en suspenso contemplando aquello. El viejo Garciangúlez, a contraluz de la bombilla de la taberna, destacaba su perfil sobre el fondo de las aguas. Estaba sentado fumando a dos pasos de nosotros, y el humo subía de su pipa trazando caprichosas vueltas en el aire. Estaba como metido en pensamientos, gozando, como nosotros, aquella hermosura. Empezó a hablar con la voz comida por el ensueño. No desentonaba, como era de esperar. Habló de sus experiencias de juventud, que, cuando se llegaba a viejo, todo se convierte en recuerdos amables, habiendo quedado la amargura perdida con los años. El viejo Garciangúlez había vivido mucho y tenía llenos los odres de recuerdos. Nos habló de países exóticos, de peces maravillosos que había visto en sus viajes, de lances extraños que le habían ocurrido a él y a sus compañeros. Parecía un viejo de la Historia Sagrada con su voz de profeta, aunque no hablaba del futuro, sino que traía el pasado a nuestras plantas y parecía envolverlo en un manto de plata. Todo lo ásperas que habían sido las cosas se habían vuelto ya dulces, como si las fatigas, con el paso de los tiempos, ya no tuviesen ninguna importancia. Nos habló de las leyendas del pueblo andaluz, leyendas en las que la pasión, la fantasía y la muerte bailaban una danza, una danza de cristales sorprendidos, y donde se mezclaba el vino con la sangre, la violencia con el recuerdo, la pasión con el ensueño.

A mí me parecía que me había crecido un resplandor dentro del pecho. Me di cuenta de la cantidad de paciencia, de corazón, de callada y pasiva resistencia que había en el viejo Garciangúlez. Su voz tranquila se había hecho parsimoniosa, como si estuviera oficiando un rito de recuerdos. Los días corrientes, aquéllos que no nos dicen nada de particular, que resbalan sobre nuestra piel todos los tiempos, parecían haberse escapado. Mejor, parecían haberse llenado, no ser ya los mismos, sino otros diferentes, como si el viejo fuera un mágico que hubiera llenado unas orzas vacías con oro puro, con el oro puro de la fantasía de los recuerdos misteriosos de la tierra y el mar.

Casiano y yo estábamos prendidos de sus palabras, embebecidos en aquellos primores de narración que nos brindaba el viejo. El rito empezó a apagarse como si fuera una vela que poco a poco destilase su agonía. El cosario Garciangúlez le daba música a su cuento, hasta que acabó en una cosa suave y tranquila, como esas músicas grandes que se van achicando hasta que quedan hechas una línea que se apaga al llegar a un completo sosiego.

Unas voces taladraron el silencio de la noche. Unas sombras fueron apareciendo por la parte derecha de donde estábamos. Iban saludando a medida que pasaban, yendo al encuentro del mar. Eran las mujeres de Rubiercos que se acercaban a la playa a esperar a sus hombres.

Ninguna se paró en la taberna, y a fe que me hubiera extrañado el que lo hubieran hecho, porque no suelen ser muy expansivas que digamos. Todas se dirigieron a la orilla. Unas se quedaron de pie, otras se sentaban en la arena a esperar. Todas mirando hacia adelante, aguardaban con paciencia la llegada de las barcas. Sus voces alegres se escuchaban bien desde la taberna. Preguntaban y discutían entre ellas, haciendo lugar a una vida fuerte que variaba mucho con el silencio de antes.

Así estuvimos alrededor de media hora. Ellas mirando al mar. Nosotros, a ellas y al mar. Al cabo de ese tiempo empezaron a brillar lucecitas en la lejanía, que ellas saludaron con buen alborozo. Eran los faros de las barcas de los pescadores, que se iban agrandando a medida que se acercaban. Aún tardaron una buena media hora en arribar. Habría en total unas veinte barcas, con diez hombres cada una. Eran mayores de lo que suponía, con las blancas velas destacándose en la oscuridad. A medida que llegaban, varios de los pescadores se bajaban de ellas y ayudaban a varar tirando con buenas ganas. Las mujeres también les echaban una mano, sacando las redes bien rellenas hasta fuera del alcance de las aguas. Traían, por lo que se veía, buena pesca y había alegría por ello. El día de buena bonanza y la pesca crecida, ¿qué más podían apetecer?

Nosotros nos levantamos de las sillas y nos acercamos a verlos y saludarlos. Había hombres de todas las clases en la veintena de embarcaciones. Desde viejos curtidos con cara bien correosa hasta grumetillos de poca bordada a los que apenas les apuntaba el bozo. Todos vestían camisona azul y pantalones de pana bien ferrados. La cara de ellos estaba tostada por el sol y el aire. De entre todos se destacaba un mocetón moreno completamente empapado en agua, que tendría unos treinta años. Había bajado de la barca el primero y venía cargado de pesca. Una de las mujeres se acercó a él y lo llamó José. Aunque sólo se veía regular, pude notar que era joven y no mal parecida. Le ayudó a volcar la pesca en las cestas que traía, mientras hablaba animadamente con él.

Garciangúlez se acercó al patrón y le dijo:

—Ven, José; te voy a presentar a un señor forastero que acaba de llegar. Desea salir mañana contigo y conocer la pesca en su propia sal.

El pescador se acercó a mí y nos estrechamos la mano.

—Bien venido a Rubiercos, señor...

Se quedó parado, y yo completé:

—Vargas. Carmelo Vargas, para servirle.

El lo repitió dos veces como para retenerlo bien.

—Yo me llamo José, para lo que guste mandar—me contestó.

Luego, como si estuviera convenido, echamos a andar para la taberna, siguiéndonos unos cuantos pescadores y algunas mujeres. Entre ellas venía la moza que había estado hablando con el patrón de la barca. Todos venían cargados con las cestas llenas del producto de la pesca.

Cuando llegamos a la taberna, con la luz que había pude coger con claridad la semblanza de los pescadores y las mujeres. Ya he dicho que estaban todos bien oscuros de la continua vida al aire libre. Había algo igual entre ellos que no se podía explicar. Me imaginé que sería la profesión, la cosa de estar haciendo todos los días la misma faena los habría marcado con idéntica expresión serena y paciente. Mi acompañante no tenía la bastedad de cara que se notaba en algunos. Era alto y bien hecho, con el pelo rojizo cayéndole por la cara, aunque a mí me había parecido negro en la playa. Las facciones eran correctas y bien pronunciadas; los ojos, azul claro, y la cara llena de pecas, que bien se le notaba, a pesar de tenerla muy morena. Vestía como todos, una camisa azul y un pantalón de pana bien ancho. La camisa la tenía arremangada hasta cerca de los codos, enseñando unos brazos fuertes con vellos rojizos. Y el pantalón, hasta cerca de las rodillas, dejando ver unas piernas anchas y nudosas, con los pies enfundados en unas alpargatas oscuras. A su lado estaba la moza que, según luego supe, era su novia y se llamaba Andrea. Era una mozuela que apenas llegaría a la veintena, rubia como un trigal y con los ojos azul oscuro límpidos y dulces. Se la veía formada con corrección, a pesar de que las mujeres de Rubiercos son abundosas de ropas y de recato para llevarlas. Miraba a José como si fuera ella sola a mirarlo y los demás estuviéramos allí de prestado.

Los pescadores se habían acercado al mostrador a beber y alborotaban poco, porque la jornada, por lo que entendí, había sido dura. Aunque la mar estaba buena, estaba también vacía y tenían que haber ido largo a pescar. Tomaban un vaso y en seguida cargaban con sus cestas, ayudados de las mujeres, y tiraban todos juntos para el pueblo.

Nosotros nos habíamos sentado a una mesa y yo había pedido una botella de vino. Casiano la tenía descorchada con tiempo, y a la vez que yo la pedía ya la traía él preparada. La

novia de José estaba callada. Se veía que lo era de por sí o que estaba cohibida con la presencia de un extraño. Nosotros escuchamos a José, que nos daba cuenta de los lances de la pesca, que, al parecer, no había estado fácil, aunque se había sacado buen provecho. Era, al parecer, escaso de palabras, porque terminó en un santiamén, preguntándome luego:

—¿Desea usted salir de pesca mañana con nosotros? Por mí no hay inconveniente. Salimos bien temprano. Dando amanecida, ya estamos largando la vela.

—Sí—le contesté—, ha sido el motivo principal de mi venida al pueblo. Ver la pesca bien cerquita, y si es posible, pescar un poquillo también.

José se sonrió abiertamente, enseñando unos dientes bien correctos, pero algo oscuros, seguramente del salitre marinero.

—Pues eso es muy fácil—dijo—. Le llevaremos a un sitio donde no hay más que echar las redes y se llenan que es una bendición. Está un poco mar adentro, pero no creo que le importe...

—No me importa, con tal de que se llenen las redes—le contesté entusiasmado—. Siempre me ha gustado el mar y ahora que ha llegado la ocasión de pescar no voy a desaprovecharla por distancia más o menos.

—Conforme, pues—consintió, apurando el vaso y haciendo que los demás bebiéramos—. Si le parece vamos a marcharnos, porque todavía queda un rato para el pueblo.

Diciendo esto se levantó y todos hicimos lo propio. Yo llamé a Casiano para pagarle la consumición, pero éste lo rechazó, diciendo:

—Nada, señor Vargas. Hoy me toca a mí, por el gusto que he tenido en conocerle. Otro día, con la mayor satisfacción, nos tomaremos unos chatos y pagará usted.

—Pero va usted a hacer mal negocio como siga así, por lo menos conmigo—le respondí, sin querer insistir para que no lo tomara a mal—. Cuando volvamos de la pesca, si ha sido buena lo celebraremos. Y entonces me tocará a mí...

—Muy bien. Entonces pagará usted lo que quiera. Por ahora, yo tengo voluntad en agradarle y en invitarle, que más vale ganarse un amigo que unas pesetas.

—Gracias, Casiano—le agradecí.

Me gustaba aquella gente. Generosa y amable como pocas he conocido. Yo he tratado a gente buena y mala y sabía apreciar la que me tropezaba en mis andaduras. Y aquéllos, se veía de legua, eran de lo mejorcito.

Levantamos el vuelo y nos largamos a la carretera. La noche estaba regular de oscuro y sólo dejaba ver medianamente las cosas. Delante iban José y la novia, con algunos mozos que habían quedado en la taberna. Detrás íbamos Garciangúlez y yo. Este, después del habla tan sabrosa que había tenido antes, se había quedado mudo. Yo tampoco tenía ganas de hablar, de manera que llegamos al pueblo sin apenas darle a la lengua. El camino no se me hizo largo, a pesar de que apenas se podían apreciar las cosas a los lados de la carretera y se veía uno metido en una noche que se había puesto algo relentosa.

Cuando llegamos a la entrada de Rubiercos, nos despedimos de José y de los demás, después de quedar en que él me vendría a buscar al día siguiente bien temprano a la posada, para salir de amanecida a la mar.

El viejo me acompañó un trecho, dejándome a la entrada de la calle Real. Quería llevarme hasta la misma posada, a causa de que no se veía mucho y el piso era bien malo; pero yo no se lo consentí, figurándome que estaría cansado después del ajetreo de todo el día y querría cenar lo más pronto posible y tumbarse en seguida, que era lo mismito que yo iba a hacer.

De manera que tiramos cada uno por nuestro lado hasta el día siguiente, que fué uno de los más movidos de mi vida.

* * *

En esta época del año, otoño primario, no amanece demasiado pronto. En verano, a las cinco y pico de la mañana ya el sol asoma la cara detrás de la sierra. Pero en la época en que estábamos, hasta las seis y media bien pasadas, no acostumbraba a salir. Ya a las cinco estaba yo desvelado, sin poder dormir por más tiempo. De manera que me levanté perezoso y me fuí preparando para la salida. Pensé que haría un poco de fresco y me endosé una buena pelliza en vez del chaquetón que siempre usaba. Además me puse unas gruesas polainas que traía en la maleta y me encasqueté una gorra de ancha visera. El día anterior le había pedido a doña Frasca que me preparara un piscolabis abundante para hoy y no sé lo que habría echado, pero había estado bien regalona, puesto que el paquete que me había entregado se veía que estaba bien nutrido.

Ya con todo lo que a mi entender podía estar preparado, tomé las escaleras abajo dispuesto a esperar lo que fuera menester; pero no había hecho más que llegar a la sala, cuando sentí un par de golpes bien dados en la puerta, aligerándome a

abrir. Era José. Venía con otra facha del día anterior. Traía un buen pellizón y una boina puesta, a más de unas redes y un paquete en la mano, que, por lo que me pareció, era comida.

Nos enfilamos para la playa. Yo le pregunté por sus compañeros. Me dijo que el total se reunía en la playa y que por el camino se iban agregando muchos. En efecto, no habíamos andado cien metros por la carretera, cuando de una casita pegada a ella salieron un par de marineros que, dando los buenos días, se añadieron a nosotros. Y así fuimos creciendo hasta llegar a diez o doce.

La mañana estaba algo fresca, pero el cielo principiaba a despertarse, anunciando un día claro y brillante. Soplaba una brisilla saludable que se colaba como una bendición por los pulmones. La noche todavía se resistía a la llegada del alba. Pero lentamente se fué desgarrando, combatida por la luz. Los tonos oscuros empezaron a aclararse despacio, muy despacio, y los azules negros de la noche fueron dando paso a los azules claros del amanecer. Como una flecha de oro pareció nacer en el cielo sombrío. Era el sol.

En cuanto llegamos a la playa, los marineros, con los pantalones a media pierna y los pies desnudos, empezaron a sacar hacia el mar las barcazas varadas en la arena. Había allí casi un centenar de hombres trabajando silenciosos, habiendo dicho únicamente hasta ahora el saludo de la mañana. Empujaban las barcas, acercaban las redes y lo disponían todo para la marcha. José se multiplicaba dando órdenes. Era el patrón de la *Marina*, un falucho de línea graciosa, pintado de rojo y blanco. Tendría unos diez metros de largo por tres y medio de ancho, y era uno de los mayorcitos.

En total habría una veintena de barcas, llevando cada una de ocho a diez hombres. No tardaron en estar todas lanzadas. José me dijo:

—Sería bueno que se quitara usted las botas para poder saltar a la *Marina*. Debe arremangarse también los pantalones.

Yo me senté en la arena y lo hice lo más ligero que pude, conforme él me lo indicaba. Cuando estuve preparado, con mis botas y mi paquete en la mano, ya la barca estaba a varios metros de la orilla. José estaba arrimado con varios compañeros a la barca, sujetándola. Me gritó:

—Venga, señor. Métase en la barca y adelante.

Yo ya esperaba esto. Me subí los pantalones hasta el muslo, y bien cargado como iba, me metí en el agua hasta algo más arriba de la rodilla. Cuando estuve junto a la barca, José saltó

dentro con agilidad de mono y me tomó las botas y el paquete, ayudándome a subir, lo que hice bien. Luego, todos, hasta un total de diez, contando el patrón, se fueron metiendo.

El interior del falucho era más grande de lo que me pareció desde la orilla. El palo mayor, pintado color sangre de toro, hacía bien con el color blanco de las velas, que ocupaban casi todo el espacio disponible a bordo. El timón estaba justamente frente al sitio por donde subí. Por debajo de las velas estaba la armazón interior de la barca, formando una suerte de cajón grande con una puertecilla para el descenso a la bodeguilla. A todos los costados de la barcaza había redes preparadas para ser echadas al mar.

José me indicó el sitio mejor para estar, que era justamente por donde había entrado, junto al timón. Allí me acomodé pegado a la borda y me senté sobre unos cajones que olían a pescado desde una legua. Me puse las botas y, levantándome, estiré bien las piernas a lo largo de la barca. Empecé a curiosearlo todo.

José, en medio de la embarcación y en camisa, a pesar del fresquillo que hacía, empezó a dar órdenes de alzar velas. Los hombres se liaron a la faena, tirando con fuerza de las maromas que las tenían arriadas. Poco a poco empezaron las velas a estirarse, yéndose para arriba con mucha ligereza. El vientecillo se columpiaba entre ellas y no las dejaba sosegar. Cuando estuvieron casi hinchadas, José se puso al timón y enfiló la embarcación a la alta mar.

Las otras barcas ya estaban haciendo lo mismo; pero la primera que salió fué la de José. Hubo una que pareció cogerle delantera, pero ¡que si quieres! ; se atascó en cuanto dió unas cuantas bordadas y se rezagó más que las otras, saliendo, por último, más tarde que ninguna.

Ya había amanecido del todo, dando paso a un día claro como un cristal y alegre como unas castañuelas andaluzas. El sol se había hecho el amo del cotarro. Como un gallo con espolones que sale corajudamente del gallinero donde ha pasado la noche, así salió el buen señor a reinar en todo. Empezó a brillar sobre las aguas y a arrancarle tantos colores y destellos, que yo me quedaba embebecido contemplándolas. Nunca creí que de una materia tan simple como el agua se pudiera sacar tanto partido. El color blanco que tiene cuando la llevamos en la mano, había roto en un arco iris sobre la mar, con tonos morados, rojizos, llameantes, verde oscuro, verde claro, azul prusia, azul celeste, con claros y sombras que era para verlo

todo, no para decirlo. Las palabras se quedaban chicas ante tanta hermosura.

Los marineros estaban indiferentes preparando las redes, pero yo lo miraba todo como si estrenara los ojos. Y en verdad que parecía que me habían crecido unos nuevos aquella mañana. Cada cosa era como si yo no la hubiera conocido nunca y viniera a presentarse a mi vista con sus gracias re dondas, sus líneas graciosas y su novedad encantadora.

Yo era la primera vez que salía a mar abierto en busca de pesca. Ya otras muchas veces había salido a la mar ancha, pero siempre había sido en paquebote de pasajeros, donde las cosas no son iguales, ni mucho menos. Aquí las cosas estaban nuevecitas, esperando que yo fuera a mirarlas y a saborearlas.

Muy despacito, como quien no quiere la cosa, la costa fué alejándose. El pueblo empezó a achicarse y a quedarse del tamaño de una estampita. Luego, ya las cosas se pusieron borrosas y sólo se notaba una mancha blanca en su sitio y detrás la sierra. Parecía una pizarra grande con su trapo de borrar debajo, porque hasta los dos colores ayudaban a esta ilusión. Al final, ya fué imposible distinguir nada. Todo se perdió en la distancia. Entonces, miré hacia delante.

El cielo y la tierra, techo y suelo, se unían en una línea fina. El sol empezó a calentar un tantico, metiéndose dentro del cuerpo y produciendo un agradable cosquilleo. Los marineros, pegados a la borda, miraban el agua esperando el momento de echar las redes. Por lo visto, José no tenía prisa. Se acercó a mí y me preguntó:

—¿Le cae bien la mañana, señor Vargas?

—Bien de verdad—le contesté—. ¿Cuándo se echan las redes?

—Todavía es pronto—dijo, mirando la mar—. Esta parte está ya demasiado agotada por los pescadores. Cuesta un sentido sacar de aquí una pesca regular. Más allá—me señaló la parte este de donde íbamos—he descubierto un sitio que es mismamente la gracia de Dios. Hace una semana que no hemos estado allí. No estaba el tiempo de bonanza y son muy peligrosas esas aguas, porque tienen los vientos traicioneros. Por eso todos los pescadores las temen. Vea por esta parte. No se ve barca ninguna.

A la verdad era. Ocupado en mirar el cielo y la mar no me había fijado en las demás barcas, de las que no veía ni una vela. Cielo y agua por toda vista y la barca zumbando perezosa sobre la mar lisa como la palma de la mano.

—¿Dónde se han metido entonces?—le pregunté con verdadera curiosidad.

Se rió un poco. Sus ojos azules chispearon y las cejas rojizas se enarcaron un momento.

—Van para las aguas trilladas. Cuando estuve aquí la otra vez les dije que había buena pesca y que en menos de un soplo podríamos coger una buena quintada. Pero me dijeron que estaban acostumbrados al otro derrotero y que en aquel sitio también hay buena pesca. Pero figúrese... el tiempo que llevan pescando en aquellos sitios. A la fuerza escarmientan los peces y cuesta un sentido sacar de allí algo bueno. Es necesario llevarse todo el día y las piezas son ya pequeñas, mientras que en estas aguas las hay tamañas. Yo prefiero, y mis hombres están conmigo (aunque no fué barato convencerlos), las aguas nuevas que tienen el fruto fresco que son una bendición para las redes.

Yo no le contesté ni media palabra, pero lo admiré. Joven y rudo como era, se le veía lo suficiente atrevido y experto como para buscar el pez donde estuviera, así fuera en la misma entraña de la mar. Se levantó y se aproximó a sus hombres, haciéndome señas de que lo siguiera, lo que hice con placer. Empezó a presentármelos, como imaginaba. Entre ellos los había de varia condición por fuera, es decir, el físico; pero a todos se les veía bien curtidos en las faenas marineras; parecían buena gente.

—Este, señor Vargas—me dijo delante de un viejo de unos sesenta años que fumaba incansable y no dejaba de pestañear seguido—, es Cefirón, el contramaestre. Lleva cinco años conmigo y no lo he visto más cumplidor, a pesar de la mirada.

—El de más allá es Sebas—me aclaró, señalándome a un hombre de unos cuarenta años, con la piel correosa y los ojos alegres—. Anima bien a la gente cuando hay tempestad, y no lo hay mejor catador de mujeres.

—Favor que usted me hace, patrón—dijo, inclinándose, con el ademán cazurro y gracioso que tienen algunos andaluces—; aquella que yo no cato es porque no se deja.

Me hizo gracia. Luego vinieron otros más parecidos entre sí. Casi todos jóvenes de alrededor de los treinta años. Allí estaba Celio, el de la barba ancha y el gesto seriote cuando fresco y alegre cuando no. Mario, delgado como una espina y fuerte como un jabalí. Juanón, el de la cara ancha y el mayor comilón que he visto en mi vida. El Vivitos, de mediana estatura y un bromista si los hay, a pesar de los cuarenta y tantos

que tenía. El Rosendo, bien parecido y regular de trabajador, con un olor de santurrón que tumbaba de espaldas. Luciano, gordo como un tonel y amigo de la jarana cuando se terciaba, pero apegado a arrimar el hombro en cuanto llegaba la ocasión, y, por último, Tiberio, un mozuelo rubiasco y endeblucho que se llamaba así por un capricho de la madre, que pescó el nombre en un libro que le dieron para papel de envolver.

José me presentó como un viajero ganoso de conocer cosas nuevas y que había arribado a Rubiercos por las buenas impresiones que me habían dado del pueblo. Yo, a cada uno, le fuí estrechando la mano y diciéndoles unas palabras que les probara mi buena voluntad. Ellos correspondieron con agrado, saliendo cada cual según su carácter y parlería, con lo que principiamos a amistarnos.

En esto José se acercó al Vivitos, que estaba al timón y se puso en su lugar a dirigir la embarcación, diciéndoles a los demás que echaran las redes, que había llegado la hora de llenar la barca. Yo me arrimé al palo mayor, que me pensé sería el sitio donde menos estorbaría mientras echaban las redes. Que cuando estuvieran en el agua ya me cuidaría de acercarme. Ellos, más ligeros que ardillas, no se dieron punto de reposo a trincarlas y echarlas por la borda. Entre todos sacaron cuatro o cinco redes grandes y con trabajo las remontaron por encima de la borda, sujetándolas a ésta con unos ganchos especiales. Yo me puse al lado, un poco distanciado para no andar quitándome de en medio cada vez que se movían. Una red tras otra empezaron a caer despacio al agua, no dejando ver más que la parte de arriba que con los ganchos estaba unida a la embarcación.

Esta había parado porque José dió orden de bajar todas las velas para dejarla en reposo. Después de arriarlas, los marineros se acercaron otra vez a las redes y empezaron a ojear a ver si se movían. José dejó el timón otra vez al Vivitos y se acercó a las redes.

—Todavía es demasiado pronto—dijo—; acabamos de echarlas. Aunque ya debían moverse. Este lugar está infestado de pesca. Aquí hay bonito como para llenar la playa de punta a punta.

—Es necesario dejarlas parar un tanto—añadió el contramaestre—y tener sobrada paciencia para aguantar tiempo—me aclaró, dirigiéndose a mí.

Yo también estaba asomado a la borda, con los ojos fijos en la masa oscura que se divisaba casi a flor del agua. Se notaba en ella movimientos cortos, pero no se dejaba ver nada todavía. Los marineros estaban algo excitados, pues, aunque acostumbran a tener paciencia de santo, por la novedad del sitio e ir yo con ellos, querían demostrar con prontitud que no eran lerdos en el oficio, aunque yo me hacía cargo de que en una media hora que llevarían echadas las redes, era mucha suerte el que estuvieran ya moviéndose los peces en ellas.

Así pasó alrededor de media hora más. Al cabo de ese tiempo empezó a verse un ligero movimiento muy cerca de la superficie. El Rosendo, uno de los dos o tres que estaban mirando por ser una de las faenas más descansadas, gritó:

—¡Ya pican! ¡Ya pican!

Todos se acercaron allí, y, en verdad, que esta vez se veía que las redes habían agarrado. No eran movimientos fuertes, pero sí continuados. Se conoce que despacio, eso sí, pero sin parar, iban entrando piezas en la trampa. Al parecer habíamos dado con un buen filón. El patrón se acercaba a las redes una tras otra, cogía la parte que estaba pegada al gancho y la agitaba con suavidad, comunicándose la movedura hasta el fondo. Este empezó a jaranearse de lo lindo y José sonrió satisfecho.

La barca, que a mí me había parecido que se quedaba parada por tener caídas las velas, andaba, sin embargo, con lentitud continua. El Vivitos me dijo que era imposible estuviera fija en medio del mar, y que además convenía para ir cogiendo peces en todo el recorrido.

Ya todos nos habíamos reposado y nos encontrábamos más calmos que en el momento de echar redes. Cada uno, aunque echaba una miradilla de cuando en cuando, se cumplía a lo suyo. Los unos, bien activos, se dedicaban a remendar aparejos; otros, menos trabajadores, avizoraban el horizonte en busca de algo en que descansar la mirada, y los más haraganeaban lo mejor que podían. Uno de los que estaban tumbados pegados a la borda, me parece recordar era Juanón, se levantó, y acercándose al sitio del botín, quiso zarandearlo un poco; pero José le gritó:

—Déjalos, Juanón; es mejor dejarlos quietos, que me parece que hoy la pesca es de las templadas.

—¿Qué es eso de las templadas?—le pregunté, acercándome.

El estaba junto al palo mayor, encaramado en un altísimo barril donde se guardaba la raba y que olía a mar desde buena distancia. Se bajó de allí de un salto y en un segundo estuvo a mi lado.

—Hay días—me aclaró—en que los aparejos no dejan de moverse con fuerza porque el fondo está muy revuelto. Es el día de los peces gordos, que son los que menean bien las redes. Esos días los llamamos de pesca ligera. En menos de tres horas se han llenado varias veces y vuelto a vaciar en un santiamén. La cubierta se pone bien repleta.

—¿Y los días de las templadas?

—Esos días son los más. Hay que llevarse buenos ratos, casi todo el día, para conseguir lo que en la pesca ligera se hace en tres horas. Pero son también de pesca abundante, aunque no hay muchas piezas grandes. Y hoy es pesca templada, como puede usted ver.

—Pero a veces podrá variar—le repliqué.

—Sí, es cierto, a veces varía; pero son pocas las veces. Hay una extensión grande en la que se encuentra mucha tranquilidad, demasiada, y hay que andar lo suyo para salir de ella. Se conoce que en ciertos lugares se agolpa la pesca y otros los deja vacíos.

Nos acercamos a observar la oscura masa que se veía moverse lentamente, y así pasó un buen rato. Yo ardía porque se decidiera a sacarla. El, con mucha parsimonia, cuando calculó que estaba bien llena la red por lo tirante que se notaba, siseó a dos o tres, y entre todos y con mucho tiento, empezaron a tirar de ella con fuerza. Allí fué Troya. Igual que si lo hubiera puesto en contacto con una corriente eléctrica, empezó a moverse aquello como si hubiera cien demonios dentro. Los marineros juraban por lo bajo y se esforzaban en halar continuamente, pero sin sacudidas, porque hay piezas a las que por la precipitación se las ha echado fuera cuando ya se las veía muy cerca del plato. Al fin apareció la yema de arriba del botín conseguido. Conforme salían, se veían como dibujados sobre el fondo marino hasta una docena por lo menos de hermosas piezas de color bermellón y plateado. Sobre todo la que venía en cabeza, que era un enorme bonito, traía los ojos irritados como si comprendiese adónde había de ir a parar. No hacía más que pegar bufidos y dar coletadas sin frenar un solo momento. Detrás venían otros más chicos, que no estaban más apaciguados. Pero de nada les valió los esfuerzos. La enorme bolsa llena de piezas traspasó el borde de la cubierta chorreando agua por todas partes y vino al centro de la barca, donde siguieron pegando saltos durante cortos momentos, para irse pegando las boqueadas en menos que canta un gallo.

La mayoría de ellos eran bonitos, que era la costera que se estaba haciendo, pero había también congrios, sábalos y truchas.

Formaban un buen montón en mitad de la cubierta de la lancha, que aún se movía sin parar. Tenían un brillo metálico que es cosa muy corriente en los peces. José me explicó que eso era la causa de pequeñas laminillas cristalinas que tenían colocadas detrás de las escamas. Cogió uno de ellos, y con él en la mano iba a darme más explicaciones, pero, excusándose un momento, dió orden de arrinconar la pesca a un extremo de la lancha, que es donde acostumbran a colocarla para que no estorbe el paso.

Cefirón, ayudado de Juanón y el Sebas, se dedicó a cebar otra vez los anzuelos, faena en la que tardaron poquísimo tiempo, habida la presteza que se tomaron para ello. Se conocía que no andaban escasos de práctica. En un quítame allá esas pajas lo tuvieron preparado, y con la ayuda de todos, porque las redes abarcaban buen espacio, las echaron por segunda vez al agua. Luego fueron por las otras—había, en total, cinco grandes aparejos alrededor de la barca—y José dió orden de tirar también para arriba, de manera que en un decir Jesús tronamos con una buena porción. La segunda no estaba más que medio llena, pero la tercera y la cuarta estaban para rebosar. A la quinta no quiso el patrón que se la halara, porque se la notaba demasiado floja, y al tirar de ella se la veía con peces bien pequeños. La parte del rincón de popa estaba repleta, con buena cantidad de bonitos y no escasa porción de sábalos y congrios. Se les veía pegar coletadas mientras estaban dando los últimos suspiros y seguramente maldiciendo a los que en tan mala hora los habían arrancado de las entrañas de la mar. El sol, bien avanzado ya en el cielo, se dejaba caer sobre ellos y les arrancaba destellos luminosos, gozándose en acariciarlos con sus rayos ardientes. Se dejaba sentir una calor bastante buena sobre la barca, aunque el otoño hacía días que había empezado.

Pero yo, sin pensar en tenderme como hacían algunos y como seguía con gran curiosidad acerca de los berenjenales de la pesca, me acerqué a José preguntándole:

—¿Tienen vista los peces? ¿Cómo no se camelan el anzuelo?

El se rió un momento, haciendo un gesto la mitad encogiéndose de hombros y la otra mitad enarcando las cejas.

—La mangancia, don Carmelo, la mangancia es lo que los

pierde. A cada bicho o a cada persona se le ataca por el lado flaco. Si se sabe dar en el clavo, ya está conquistado cada quisque. Nosotros sabemos que los peces son los animales más tragones que hay, por lo menos eso nos dice la corta experiencia que podemos tener, metidos en este pueblo. Se les enseña un trocito de raba y en cuanto lo guipan van por ella que se las pelan. Y caen que es un gusto. Pero los hay más listos que Lepe y no hay quien se las dé. Se comen el anzuelo con mucha picardía y no pican ni durmiendo.

—¿Cómo es eso?—le pregunté, extrañado—. Yo creía que las redes eran bastante fuertes para aguantarlos bien.

—Sí, es verdad; pero hay que tener mucho cuidado con poner la raba muy bien sujeta, porque si no, nos quedamos sin cebo y sin pez...

Yo seguí preguntándole y asaeteándole a preguntas por las buenas ganas que tenía de conocer todos los misterios y diabluras de las faenas de pesca. El me respondía con amabilidad, aunque era demasiado parco en los detalles para satisfacerme del todo.

—Como usted sabrá, hay peces profundos que son corrientemente luminosos. Viven en aguas subterráneas y se llaman abisales. Son ciegos, y en cuanto los hacen salir aguas arriba, revientan. Se comprende que allí abajo están aguantando una presión tremenda, donde se encuentran tan a gusto y que al subir la pierden, por lo cual estallan casi de repente.

Yo le seguía preguntando:

—¿También hay peces venenosos y otros que se asfixian dentro del agua?

—Sí que los hay. Uno de los que pueden hacer más daño es la murena. Su carne está sabrosa, pero las consecuencias, a veces, son fatales. Hay hombres cuya muerte se ha achacado a haberla comido. Yo, desde luego, no me he tropezado nunca con ningún caso de envenenamiento por murena. Tienen que ser algo raros, me parece a mí.

—¿Y hay otros que se asfixian?—insistí yo.

—Sí. Al parecer ha escuchado usted muchas cosas sobre ellos. Hay algunos a los que les falta el oxígeno necesario para vivir. En cuanto tropiezan con un sitio donde éste escasea por cualquier motivo, ya se están dando andana en busca de aire. Los que no pueden salir de esa zona tienen todas las de perder. En pocos minutos empiezan a pegar boqueadas y a lastrarse para el fondo que se las pelan.

Poco a poco, aunque era corto de palabras, según he dicho,

pude saber por él cosas muy curiosas, que procuro resumir lo mejor posible de los recuerdos que me quedan de aquella conversación.

Me habló de la época de las crías. En ese tiempo los machos se ponen encendidos y son los que guardan a las crías, aunque no es ésta una cosa que acostumbren hacer con frecuencia. No existe entre ellos el régimen de matriarcado, como es corriente en cierta clase de animales, sino una gran libertad y hasta indiferencia para todo, y sólo en determinados casos el patriarcado, pero llevado de muy débil manera.

En una de las paradas que hizo en sus explicaciones, y en el momento de sacar los aparejos, los marineros lanzaron un grito de alegría. Cada cierto tiempo se acercaban a ellos, tiraban y cada vez sacaban buenas piezas. En aquella ocasión, entre los muchos sacados, sobresalía uno precioso. Era más bien pequeño en comparación con sus compañeros de infortunio. Daba buenos saltos en cubierta, pero en cuanto José lo cogió se quedó quieto entre sus manos, dando las últimas respiraciones.

Era de piel lisa, tenía el color plateado y sobre él se notaba como una especie de fosforescencia que le daba buena vistosidad. José lo tenía entre las manos y sonreía, diciéndome:

—Por aquí rara vez tenemos la suerte de pescar una pieza como esta. Es un pez luna. La carne es comestible, pero lo mejor que tiene es el aspecto. Fíjese bien en él. Cuando logramos agarrar uno, todo se nos vuelve entregárselo a las mujeres para que sencillamente lo vean. Es uno de los peces más bonitos que hay. Es talmente plata y luz, y de noche reluce que es una maravilla. Sólo lo hay en el Mediterráneo y es muy buscado por todos los buenos pescadores, porque se pagan a buen precio en el mercado.

En verdad era una preciosidad. Corto y anchísimo, pero pequeño, tenía unos colores plateados brillantes y unas escamillas en las que parecía nacer un brillo irisado. Era un contento para los ojos el verlo.

José lo colocó en una cestita aparte, donde se encontraba bien apartado de sus compañeros de lucha.

Tornamos, mejor dicho, tornaron los marineros a echar las redes y el patrón a darme cuenta de la mar, la pesca y los peces, cosas que yo escuchaba con gallarda curiosidad, que no es frecuente toparse con quien tan bien pueda y quiera parlarnos de tema tan sabroso.

Me habló del pez espada, uno de los más curiosos por la

forma que tiene la quijada inferior; semeja una espada con dos cortes y tiene, cuando menos, un metro de largo; del martillo, que debe su nombre a su cabeza, que es talmente un buen pegaporrazos, y que se parece al tiburón, claro que en pequeño; del róbalo y la robaliza, el macho y la hembra, siendo esta última mayor y de color más claro que aquél; del congrio, que es casi una anguila por el aspecto, pero de mayor tamaño y de carne muy apetecible; de la merluza, tragona de primera clase, que se come cuanto le viene a mano y es una buena perseguidora de las sardinas; del estupendo y colorado salmón, que se vende muy bien por ser más que nada plato de ricos. En fin, contar todo lo que aprendí en aquel día sobre el mar y su camelancia sería imposible, porque a más de que la memoria no siempre responde al gusto de recordar, terminaría por llenar pliegos y pliegos sobre tema tan bien surtido y meneado.

Embebecido con su charla, apenas paraba mientes en la buena pesca que iban haciendo los marineros. Habrían colado alrededor de cien piezas de buena dimensión en la lancha, a más de otras pequeñas que se hacían difícil de apreciar por lo esparcidas que estaban. Había, sobre todo, congrios y bonitos. Estos últimos son muy corrientes en los mares de España y son muy buscados y estimados, como saben todos los buenos catadores y los que tienen afición a la conserva.

Cuando llegó la hora de comer cada uno sacó su buen refrigerio y todos nos solazamos, sentándonos cada uno donde mejor podía y dejando la pesca en paz durante el tiempo que tardamos en acabar con el piscolabis. El patrón sacó un par de botellas de vino y un par de vasos y libamos del buen zumo, acabando con ellas en un momento. Supuse que no sería aquello corriente, por mor del ahorro y de la jarana regularcita que salió luego de ventiladas las dos botellas, que José toleró con sonrisa campechana y buen talante, en razón de encontrarme yo a bordo. Luego me enteré de que efectivamente había sido a mi obsequio que el patrón había traído el vino, para no navegar a palo seco, como era lo natural.

El mar estaba por entonces azul como el añil y tranquilo como los peces que teníamos sobre cubierta. El sol—serían las dos y pico de la tarde—estaba en toda su euforia, lanzando sus rayos sobre la lancha, que era un punto insignificante en el mar anchuroso. Tener por vista mar y cielo y por suelo una barca bien pequeña a la verdad, aunque esté el tiempo bonancible, impresiona a quien se pare un poco a pensarlo, a pesar

de encontrarse en compañía de aquellos marineros bien acostumbrados al tejemaneje de los vientos y los elementos. Yo creo que ese es uno de los momentos en que el hombre, por muy seguro que se encuentre de su fuerza y de su dominio sobre la Naturaleza, se da cuenta de lo pequeño que es y de la inmensidad de quien todo lo ha sacado de su mano providente y generosa.

Dejé aparte estos pensares en cuanto nos empezamos a mover, una vez terminado el yantar, y a la par que José me decía:

—Ahora le toca pescar a usted, don Carmelo. A ver lo que saca de la mar hoy, que está rebosandito de piezas.

Yo, aunque buenas ganas tenía de ello, no había dicho hasta ahora ni media palabra. Se me pasaba de castaño oscuro exponerme a que aquella gente, acostumbrada a conseguir tan buena pesca, se quedara conmigo si yo no conseguía pescar ni una lata. Pero como tenía grandes deseos y ésta había sido mi idea al subir a bordo, ni corto ni perezoso le espeté:

—Muy bien, patrón; cuando usted quiera vamos allá. Veremos si tengo tan buena suerte como ustedes.

Y me arrimé al borde de la embarcación, disponiéndome a sacar cuanto se pusiera a tiro; pero José me dijo:

—No, señor Vargas, esa red es colectiva. Las hay para cada uno, y con ésas, salvo su mejor opinión, podrá usted pescar buenos congrios y buenas merluzas.

Y se dirigió a la proa, donde de una cesta sacó unos aparejos pequeños en comparación con los que habían estado usando hasta ahora. Estaba enhebrada de fina malla y parecía fuerte y resistente. El patrón sacó un trozo de raba grandecito de su cestillo y se lo colocó para un buen picado. Estábamos los dos en el centro de la lancha, con cuatro o cinco marineros alrededor, que curioseaban lo que podían. Los demás seguían ocupados en sus faenas. El me la entregó, diciéndome:

—No tiene usted más que echarla al agua, sujetándola por aquí—me señaló el gancho—. Lo puede tener en la mano o colgarlo del borde. Suerte, que hoy es día de buena tirada.

Yo cogí la red con cuidado y, agarrándola por el gancho, la eché al agua con suavidad. Todos se aproximaron y comenzaron a animarme. Yo no necesitaba ánimos, porque me encontraba decidido a halar para arriba todo lo que hubiera bajo la barca.

Así pasó cerca de un cuarto de hora, y el agua sin rebullir. Juanón me dijo:

—La pesca no se puede tomar a pecho. Sería preferible,

señor, que cuelgue el gancho y se dedica a pasear mientras los peces pican, dándole una vueltecita de cuando en cuando.

Me pareció bueno el consejo y así lo hice. Ellos, poco a poco, se fueron retirando de la vera de mi sitio y tornando a sus ocupaciones. Yo me puse a dar paseitos a lo largo de la lancha, dejando pasar ratitos entre cada vez que me asomaba a vigilar. Me encontraba impaciente, a pesar que me había hecho promesa a mí mismo de retenerme los nervios y no dar pie a que los pescadores sacaran sonrisas maliciosas y disimuladas a costa de mi pellejo y de mi amor propio.

En una de las ocasiones, que me paré un poco más de lo que lo venía haciendo, noté un ligero movimiento a flor de agua. Con cuidado, como había visto hacer a los pescadores, empecé a halar para arriba por ver lo que había caído en el anzuelo. Solté un grito de alegría. ¡Caramba, que era majo el mozo que había picado! Era una pieza que al pronto no columbré lo que era, pero José que se había acercado en cuanto me oyó, exclamó:

—¡Caracoles! Ha pescado usted un bonito de los grandes. Como éste entran pocos en libra. Tire usted con cuidado, pero sin hacerlo aprisa. Es mejor cansarlo un poco. Primero un poco hacia arriba y luego dejarlo que colee bien.

A la verdad, el bicho daba unas arremetidas que a no seguir los dictados del patrón, se habría pegado andana en menos que canta un grillo. Yo lo tenía con medio cuerpo fuera del agua, y los papirotazos y las embestidas que daba hubieran hecho suficiente para que se hubiera soltado. Pero yo empecé a cansarlo, no levantándolo mucho de una vez, sino muy poco a poco. Los marineros se habían acercado a mí y me jaleaban con urbanidad y sin alzar mucho la voz. Yo no quería que ninguno me ayudara, porque quería todo el mérito de la pesca para mí. Poco, pero propio, pensaba. Estaba tan engolfado en aquello que no me daba cuenta de otra cosa. Por el peso se notaba respetable la pieza y por la vista también. Yo tenía los brazos tirantes sosteniendo la red a pulso con miedo de que se me fuera de las manos.

—¡Hale, don Carmelo!—me decía el Vivitos desde el timón—. A ver si en tierra se encuentra usted un bonito como ése.

—Tire usted con parsimonia—me aconsejaba el patrón—. Es una pieza que no vale perderla.

Yo no estaba dispuesto a ello, y más estando todos suspensos de la operación. Estaba sudando bien, yo creo que más de la excitación y de la tremolina que allí había que del esfuerzo

que estaba haciendo. El condenado pez pesaba, además lo suyo y estaba dispuesto a vender caro el pellejo. Pegaba unas coletadas al extremo de la tirante cuerda que milagro fuera que no acabara dando el estirón otra vez a su elemento. Se le veían los ojazos irritados y fijos en mí con una mirada casi humana, a fuerza de querer significar su desesperación. Hubo un momento que corrió por mi cuerpo un escalofrío al ver aquellos ojos fijos, como buscando la razón de por qué y con qué derecho me atrevía yo a sacarlo del mar, su nido y su amor de toda la vida. Cerré los ojos y esperé.

Cuando me pasó aquello, los abrí y seguí aguantando la red, a pesar de los chorros de sudor que me corrían por todo el cuerpo. Me parecía larguísima la distancia desde el agua hasta el fondo de la barca, donde yo quería dejar a mi enfurecido enemigo. Pero, poco a poco, yo iba recogiendo cuerda hasta que llegó un momento en que se cansó de dar volteretas al extremo de la red y se quedó algo quieto.

José me dijo:

—Ahora, ahora es el momento. ¡Hale, fuerte para arriba!

Yo aproveché la ocasión y fin cogiendo cuerda con toda la presteza que pude. Nada más moverse, siguió mi enemigo reculando; pero ya estaba bien cansado, porque sus ramalazos no tenían comparación con los bufidos que pegó antes. Ya se movía mansurrón y acabado. Yo hilé lo poco que quedaba de cuerda y me eché para atrás en la barca. Siguiendo la dirección, pegó él un rebote en el borde y del salto tan tremendo que dió vino a caer en medio de la lancha, dando todavía unos cuantos botes que anunciaban que se le acababan los pellejos en un decir Jesús.

Todos lanzaron un grito de alegría menos yo, porque a última hora me dió lástima del mozo que tan bravamente se había batido. Me había hecho pasar las negras y, al fin, lo gané; pero sentía un resquemorcillo por dentro a causa de lo bien que se había portado y del sitio adonde tendría que ir a parar sin remedio. Me dije que ese era el destino de todos y que no había que darle vueltas al asunto.

Era un pez tamaño para los que yo había visto pescar a los marineros, y lo había realizado yo solo, bien que advertido por José y sus compañeros. Pero ninguno había puesto el dedo meñique para alzarlo de la mar. En un segundo, el patrón lo arrancó del anzuelo y lo levantó en alto mostrándolo a todos. Ellos corearon con un hurra que a mí me sonó a un poco de guasa, aunque no paré mientes en ello.

A la verdad, si no yo, el botín se merecía que lo jalearan una y mil veces, porque era una pieza de las mejores que he visto en mi vida. Sin exagerar, llegaría a pesar unos quince kilos y era casi gigantesco. De cebado que estaba, llegaría a ser menos alargado de lo que suelen ser los bonitos. Tenía un tono sonrosado brillante por los centros, que venía a ser paliducho por los costados y la cola, arrancando lúcidos reflejos al sol que lo calentaba sobre cubierta. Yo, dejando fuera los anteriores pensamientos, no me cansaba de admirarlo, orgulloso de mi pequeña hazaña.

Luego puso el patrón otra vez anzuelo a mi aparejo, y yo, bien decidido, arrojé por segunda vez en mi vida una red al agua. Con buenos intervalos que me ponían nervioso de ansiedad, llegué a pescar en unas tres horas ocho bonitos, dos congrios y un rico salmón. Los demás tampoco se habían quedado a la zaga. Se conocía que en aquel lugar había un asentamiento o vivero, como ellos lo llaman. En el espacio que he dicho había entrado a bordo, aparte de lo pescado por mí, hasta un total de ciento cincuenta bonitos, con escaso porcentaje de otra clase de fiambres.

Yo estaba al cabo de ese tiempo, a causa del jaleo y el afán que ponía en la faena, que no podía con mi cuerpo. Por ser cosa nueva y no esperada, yo me puse todo entero en conseguir buenas raciones, y aunque sacaba el ánimo bien sazonado y contento, estaba baldado de los brazos, y los riñones los tenía molidos, como se suele decir.

Con mis once piezas en los toneles de la alegría, me tendí en la cubierta a reponer un tanto las fuerzas, que las tenía bien gastadas, aunque el contento de aquella batalla reñida con los señores del mar me rezumaba por todos los poros del cuerpo.

Los marineros seguían haciendo sus faenas de rutina, los más de ellos de una forma tan descansada como la que yo practicaba en aquellos momentos. José, sentado al cajón de en medio de la barca, se ocupaba en otear la lejanía, levantándose de cuando en cuando a echar una ojeada por ver si picaban en las redes. Cuando él veía que estaban a punto, daba una voz y ya los tenía a todos al lado, hasta aquellos que vigilaban los otros aparejos, y tiraban entre todos para arriba, siendo de contar los dimes y diretes y las exclamaciones que sacaban en cuanto daban con una buena pescada.

La tarde se iba ya cuajando y haciéndose madurita. El sol había recorrido un buen trecho del cielo sin que una sola

nube le hubiera estorbado la andadura hasta el otro extremo.

Con el paso del tiempo y habiendo ya descansado lo suficiente, me entró otra vez la gana de la pesca y, arrimando bordada y con buen acopio de paciencia, me dispuse a aguantar todo lo que viniera mientras quedase un átomo de luz en el horizonte. De esta forma llegué a tener hasta veinte buenas piezas en total, entre las que sobresalía el bonito, que es de lo que se venía haciendo la costera. Había algunos otros de menor cuantía, pero que no por eso despreciables ni mucho menos. Los marineros, por su parte, me habían dejado a mis anchas y se ocupaban de lo suyo.

Ya el día se notaba cansado porque se nos iba a acostar. El sol fué perdiendo el color de tomate temprano que tenía en sus horas de mayor fuerza y se puso de un rubio trigueño que muy despacio volvió a encenderse sobre las aguas, ofreciéndonos una puesta que me hubiera gustado que nadie se hubiera perdido. Los marineros no hacían ningún caso, pero yo lo contemplaba admirando el arco iris que iba formando sobre las aguas y los cielos al despedirse hasta el día siguiente, como si quisiera dejar un grato recuerdo de su estancia entre nosotros.

Con la flojedad que había tomado últimamente, algunas nubezuelas se atrevieron a salir de no sé dónde y él las obsequió coloreándolas con un vivo rosicler. Parecían rosas cárdenas colgadas del cielo por un maravilloso ilusionista que se hubiera entretenido en subirlas hasta las cumbres por un capricho de fuerza y por una delicia de belleza. Por último, lanzando sus últimos destellos, se fué hundiendo lentamente en el mar, saludándonos con sus rojizos rayos finales. Nació el crepúsculo, frío rey del espacio después del ardiente rey que lo había precedido.

José se acercó a donde yo estaba, que era la proa de la lancha, cara al desaparecido sol y al solitario horizonte.

—Hoy hemos hecho una pesca extraordinaria y me parece que no hace falta estar más tiempo para volver a tierra. ¿No le parece?

Yo agradecí la pregunta porque me parecía que siendo el patrón el que mandara, no tenía que estar a la expensas de cualquier pasajero y que era razonable volver. Así que le contesté:

—Me parece de perlas.

Era, en verdad, de esa manera, porque demonios que me hubiera enseñado en aquel momento, de perlas me habrían

parecido; tan repleto me encontraba de vistas y acontecidos.

—¿Está contento del día, señor Vargas?—me preguntó Cefirón, que se había acercado sin que lo notáramos.

—Supercontento—le contesté con el gesto amigable y el corazón satisfecho—. Creo que he hecho un debut que no está mal.

—Ha hecho usted una entrada colosal—atinó el patrón—. Varios señores han venido en ocasiones con nosotros y pocos han sacado el provecho que usted. Les faltaba constancia y se desanimaban en cuanto pasaba un ratito y no pescaban. Aquí, en la mar, la paciencia es la primera fuerza—terminó con un gesto tan sereno y confiado en sí como a pocos hombres les he visto en mi vida.

Así son estos marineros: tranquilos, pacientes y resignados con la dura vida que llevan. En conjunto, conocen poco las alegrías; las desazones las tienen a la orden del día, y están más puestos en las fatigas de la vida que en la dulzura de los descansos. Cuando, con el paso del tiempo, he ido conociéndolos mejor, he considerado su sencilla y fuerte fe en un porvenir más descansado que seguramente no lo esperan en este mundo. Aquí no tienen sino la dura brega de cada día y de cuando en cuando los esparcimientos que pueden tener con el vino y la mujer. Son duros, sencillos y primitivos; conocen su batallar en la vida y lo soportan con esa inagotable paciencia que sólo he conocido en los marineros y en los campesinos. Los dos están acostumbrados a luchar cada día con los elementos, con la esperanza batiéndole siempre las paredes del corazón. Que no de otra cosa acertamos a vivir casi todos los que vivimos.

A una voz del patrón ha girado el Vivitos el timón poniendo proa a tierra. Un silencio grande se ha volcado sobre nosotros. La tranquilidad del mar y de la noche se ha colado por dentro de nuestros cuerpos. La barca, empujada por una leve ventolera, avanza sobre el agua rizosa, serena como nuestros corazones. Ya se ha acabado la pelea entre el hombre y el mar. Los aparejos han sido izados a bordo y ninguna pieza más volverá a conocer hoy la muerte a nuestras manos. Hay una golosa pereza de vivir y una quietud inmensa en la ternura azul con que nos vamos deslizando en busca de la tierra.

—Mario—dice José—, hoy es buen día y hemos colado bien; en algo se tiene que conocer. ¿Por qué no sacas la guitarra?

Varias voces se unen a la del patrón, pidiéndoselo también.

—Pero hoy no toco nada alegre—replica el mozo a los demandadores—. Tiene que ser cosa mediana. No tengo el humor de reír.

—Como quieras—le contesta alguno—. El caso es que salga algo que nos convenza.

—¿Y quién cantará?—pregunta Mario—. La gracia está en unir las dos cosas.

—Yo lo haré, chico—le contesta el Vivitos—. No te preocupes, que tendrás compañía. Lleva el timón tú—le dice a Sebas.

Mario se mete dentro del cajón de la lancha y sale a poco con la guitarra, envuelta con dos o tres dobleces en un paño fuerte de lona. El la trae sujeta con mimo entre los brazos, como si transportara a una mujer hermosa. Nos acercamos y formamos corro, pero no muy unidos. Parece como si cada uno no quisiera estar más que consigo mismo.

El mozo, de pelo renegrido y blanquísima dentadura, era el tipo más andaluz que he visto en mi vida. Con hervores de gitano, me pensé. Delgado y fuerte, con la piel curtida como un cuero, tenía en todos los movimientos una gracia y un señorío que no le había notado antes. Serio y parsimonioso, desnuda la guitarra y se sienta sobre uno de los cajones de pesca, empezando a pulsarla con estilo. A su lado se pone el Vivitos, con los ojos reidores cuajados de serenidad y con el gesto burlón huído de la boca. Todos estábamos llenos de atención queriendo palpar la donosa gracia del instrumento, pulsado por aquellas manos morenas.

Yo soy andaluz neto y siento la guitarra como una cosa celestial y humanísima que nos ha sido regalada por algún maravilloso donante a los que habitamos esta tierra generosa. La he sentido siempre como una historia viejísima que nos nace de repente dentro de la sangre y cala en nosotros como una saeta dolorosa de magia y de hechizo. Pero en aquella ocasión, escalón de mi vida, la sentí como nunca.

Mario empezó a pulsarla... ¿Con qué...? No sabría decirlo. Cuando el rudo marinero empezó a arrancarle sonidos a la guitarra, ya no era él, era algo que se le había metido en los últimos entresijos de la sangre y como un chorro hirviente había fundido su ruda corteza de marinero, su ignorancia, su vida vulgar. Estaba en el centro de la barca con los ojos extrañísimos y apasionados fijos en la noche negra que nos envolvía, como adorando algo lejano y misterioso que sólo él

veía. Estoy seguro de que no existíamos para él ni de que él sabía que era marinero ni de qué vientre de madre había nacido. Parecía un sacerdote pagano oficiando una liturgia religiosa con todos los sentidos llenísimos de algo profundo y misterioso como la mar en que navegábamos, con algo tan hondo y doloroso que penetraba en nosotros como una espada fría.

Aquellos sonidos no tenían explicación posible. Se sentían y nada más. Estaban insertos en la guitarra y nacían de los dedos mágicos del mozo. Tenían aristas de lágrimas, vertientes de sollozos, paisajes de rosas marchitadas, poemas dolorosos de carne y de fuego...

Yo no quería que el Vivitos cantara. Temía que se rompiera algo, que el mar se encabritara, que la magia se rajara de pronto, como un globo que estalla.

El mar, profundo como la sabiduría de un niño, se encorvó como una caracola de sonidos para recoger la voz. La voz del Vivitos era de sabor ronco, de terciopelo desgarrado, con la letra melancólica de la petenera andaluza derramando sobre nosotros su tristeza de siglos. Me parecía que aquella tristeza mansa, dolorosísima y punzante, no había nacido entonces, no era obra de aquel momento, de aquel día, de aquel marinero, sino que traía cosas viejísimas y profundas, con un sabor de drama lento y nostálgico donde se quemaban todos los sueños de la raza.

La letra honda, cautiva de la guitarra, seguía sus sonidos en aire como una niña a la que una vieja condujera por senderos de vida desconocidos para ella.

Todos estábamos silenciosos, prendidos de aquello tan conocido y tan nuevo cada vez que lo escuchábamos. Yo no sabría decir el tiempo que estuvo el uno cantando y el otro acompañándolo. Sólo sé que la noche se había espesado alrededor de nosotros y que entre el cielo y la tierra nos encontrábamos con el alma prendida en las cuerdas de una guitarra y en la canción de un marinero.

Cuando terminaron, un silencio ancho como el mar sucedió. Ninguno dijimos una sola palabra. Pero aquel callar decía más que nada en el mundo. Un nudo de emoción me tenía suspendido y no sabía dónde tenía las manos, dónde la cabeza ni dónde el corazón.

Mario, con una reposada lentitud, cogió el paño en que envolvía la guitarra, la acunó en él y, muy despacio, como si pesaran siglos sobre él, se dirigió al cajón de la barca y desapareció por él. El Vivitos, silencioso, se dirigió al timón, sustituyendo a Sebas.

Ya habríamos avanzado bien, porque unas lucecitas, viniendo de las otras embarcaciones, se divisaban a lo lejos, dirigiéndonos todos al puerto.

José cogió el faro de proa y empezó a hacer señales, a las que en seguida contestaron los otros. Sobre el mar, noche sin luna, se divisaba, bastante atrasada de nosotros, una fila irregular de luces que semejaban estrellas descendidas.

—Llegaremos un buen rato antes que ellos—me dijo José.

—Sí—habló el contramaestre—, por lo menos les llevamos media hora de ventaja. Todavía nos queda un rato para llegar a tierra...

No se habló más. Yo creo que la guitarra nos había quitado las ganas de hablar. Yo miraba mi pesca como algo desconocido en que yo no hubiera tenido arte ni parte. Me parecía una cosa tan alejada de mí como las estrellas que tachonaban el cielo.

Al fin, una línea de luces pareció crecer en el horizonte. Era el pueblo. Todos nos animamos, recapacitando en el resultado de la jornada. A mí me entró buena alegría en el corazón, que lo tenía desmadejado. Después del rato de embrujamiento que nos habían dado el Vivitos y Mario, parecíamos despertar de aquellas emociones agridulces. Yo pensaba en lo orgulloso que podría estar enseñando mi pesca al viejo cosario, y en la felicitación que me daría, porque, para un novato echarredes, se me antojaba que no estaba mal la cosecha.

Al cabo de un rato dimos vista a la playa, en la que había poca gente, según se podía apreciar por el faro de situación. Pasamos la barra con mucha tranquilidad porque, aunque soplaba un vientecillo regular, José no quiso izar más que el borriquete, habida cuenta de estar ya muy cerca del puerto.

En cuanto la barca estuvo ya muy cerca, como a tiro de voz o cosa así, las mujeres preguntaron a gritos:

—¡Patrón José! ¿Ha habido buena pesca?

—De lo mejor—ahuecaba el patrón poniendo las manos en la boca en forma de trompeta.

—¿Y los otros?—seguían preguntando—. ¿Han sacado buena?

—No lo sé. No hemos pescado al lado; pero me parece que sí. Si no, habrían llegado más tarde.

La barca, dando una embestida final, embarrancó al llegar. Entre un cotarro de mujeres charlatanas se encontraba Andrea

con varias muchachas. Fué ella la que primero se acercó a la lancha, seguida de las demás.

—José—preguntó—, ¿qué tal se ha dado el día?

—Estupendo—sonrió orgullosamente el patrón—. Hemos traído ración como pocas veces. El quiñón es de los mejores.

Todos se aprestaron a ayudar a sacar la pesca de allí. Ahí nada las exclamaciones de contento entre las mujeres y los chavales al ver la buena cogida del día. Había en la barca diez hombres, sin contarme a mí, y la familia de cada uno traía preparadas anchas cestas para llevar el pez de cada día a la plaza del mercado. Había allí un lugar destinado a cada patrón, donde se volcaba íntegra la pesca de cada lancha. En seguida venían los revendedores a comprar fresquita la mercancía y el arreglo se hacía en un periquete, pagándole al patrón de cada lancha en buena moneda. Al día siguiente éste hacía el reparto entre los marineros, dando a cada uno lo que era de justicia. Y a fe que pocos salieron quejosos de aquella ocasión, de pesca tan lucida.

A poco empezaron a llegar las otras embarcaciones, habiendo allegado también una buena redada, aunque de piezas más pequeñas que las conseguidas por nosotros y en menor cantidad. Vi que José tenía razón y que aquellos parajes tenían que estar demasiado explotados de ir un día y otro a surtirse toda la pesquería del pueblo. Había piezas numerosas, eso sí, pero algunas me parecieron tan chicas que pensé si valdría la pena de haberlas cogido. Se lo dije a José, pero éste me contestó que chico o grande todo entraba en el consumo y que lo que no se gastaba en estado natural era frito para escabeche en la fábrica.

En la playa, con alumbramiento de faroles porque la noche no tenía salidero de luna, se trabajaba con ahinco. Todo se volvía trajinar sacando piezas de las lanchas y volcándolas en las cestas. Las mujeres no dejaban de parlotear mientras trabajaban, formando un guirigay de mil demonios, que hubiera vuelto tarumba a cualquiera. Los chiquillos correteaban por la playa metiendo las narices en todas partes y pegándose a nosotros para oírnos comentar los azares de la jornada, que en verdad había estado caliente y sabrosilla.

Ya aquella noche no nos paramos en la taberna de Casiano, que se había acercado a saludarnos, felicitándonos por el éxito conseguido. Mi pesca la habían echado en un cestón aparte que me buscó José, encargando de ella a uno de los chavales más crecidos, con indicación expresa de llevarla a la posada de

doña Frasca. Me extrañó no ver por allí a Garciangúlez, pero el tabernero—a quien pregunté por él—me dijo que aquella tarde se fué a Tarifa y que volvería a Rubiercos al día siguiente por la mañana.

Aquella noche ya tenía poco que ver. Tomamos el camino hacia el pueblo, recordando las fatigas y las alegrías de mi debut y comentando cada cual a su placer todos los incidentes. Yo estaba tan cansado, que tenía hormiguillo por todo el cuerpo. Había sido a la sazón uno de los que más habían bregado por mor de conseguir buena redada en aquel mi primer día marinero. Los demás marchaban tan cachiparejos como si en su vida hubieran dado golpe.

Cuando llegamos a la entrada del pueblo, al igual que el día antes, quiso José acompañarme, pero yo le convencí de que no era necesario. De manera que lo más ligero que me permitían las fatigas del día, me largué presto al descanso. Enfilé la calle Real, que estaba bien tranquila a aquella avanzada hora pueblerina de las diez. Había abierto algún que otro establecimiento, detrás de cuyas puertas se notaba el ratillo de tertulia que acostumbraban a echar todos los rubierqueses en la hora prima de la cena, antes de irse a comer y dormir.

Cuando llegué a la posada, me recibió doña Frasca con alborozo sorprendido, parlando como una cotorra, al tiempo que me señalaba la repleta cesta que por orden del patrón me había traído el mozuelo. Yo acogí con satisfacción sus dimes y diretes, sin darle carrete en la conversación—que si no me daban allí las doce de la noche—, mientras cenaba en un soplo.

Estaba tan cansado de las emociones del día, que en tomando el último bocado y con dolor de corazón de la mesonera, que tenía hartas ganas de palique, me fuí a reposar para estar bien fresco a la mañana siguiente. Pensaba dedicarla a un sabroso conocimiento del pueblo, en la confianza de que me serviría de guía el viejo Garciangúlez, que por aquellas horas habría llegado a Rubiercos, pueblo serrano y marinero por excelencia.

* * *

Como había pensado, al día siguiente, alrededor de las once, ya estaba el viejo cosario en la posada descargando las mohínas cabalgaduras y con buena disposición para ir repartiendo los bultos, enseñarme de paso la gente más curiosa y pintoresca del pueblo.

—Don Carmelo, se pensará usted—me dijo después de darme enhorabuena por la mollada pesca del día anterior—que aquí en los pueblecicos de poco bordo no hay gente tan digna de verse como en las capitales más encopetadas. Pero tendrá usted ocasión de ver y tratar gente que no cede un pelo a cualquiera de las más interesantes.

—Nunca he creído eso, amigo Garciangúlez—le contesté—. Siempre he sabido que en pueblos pequeños puede haber personas que por su carácter, su hombría de bien o las rarezas de sus dichos y hechos podrían figurar como tipos muy curiosos de ver y conocer.

El pareció satisfecho de mi respuesta, porque no dijo una palabra más, sino que se dispuso para la marcha. Llevaba aquel día pocos encargos, tres o cuatro bultos a lo más, y yo le ayudé a llevarlos, a pesar de que él se oponía diciendo que tenía tiempo de entregarlos en todo el día y que no le costaba trabajo volver otra vez a la posada a recogerlos para hacer nueva entrega.

Pero a mí aquello no me convenía. Me interesaba cogerlo por mi cuenta y no dejarlo en paz hasta que me hubiera satisfecho la curiosidad sobre lo mejor del pueblo, ya fueran personas o cosas. De manera que cogí un bulto regular de tamaño y de peso y él cogió dos más pequeños. Y de allí, tras despedirnos hasta el mediodía de doña Frasca, nos seguimos adelante por la calle Real, en dirección a la tienda de la señora Magdalena, que se encontraba al final de la calle, haciendo esquina.

—La señora Magdalena—me contó el viejo en cuanto salimos de la posada—es madre de José y una de las mujeres más curiosas de Rubiercos. Por lo que se ve, no le cabe en el pellejo la sabiduría que dice tener. Se dedica, además de llevar la tienda, a las faenas de echar las cartas, predecir malos vientos, charlar con ademanes misteriosos y ganarse de camino unas perras embobando a las mujeres que van a consultarla. Que si el hijo que tendrán será chico o chica, que si les saldrá buen marido o se quedarán a peinar a Santa Catalina, que si tendrán alguna suerte o desgracia próxima... En fin, que la buena señora pone los ojos en blanco y empieza a soltar cosas horribles, amenazando con desgracias y males sin cuento a todo bicho viviente. Así se lleva un buen rato, hasta que consigue tener metida a la gente en un puño. Cuando lo ha conseguido, todo el cielo negro que era su futuro, empieza a aclararse cada vez más, y rara es la ocasión en que no se vuelve todo de color

de rosa. Milagro será que entonces no salgan serafines a bendecir a la gente que la consulta.

—Y a José, ¿qué le parece esto?

—El se ríe como un bendito—a pesar de lo serio que es—cuando le escucha decir el futuro a la gente y le hace que lleven un amuleto para preservarse de los malos demonios, que buenos no hay. A veces, cuando la vieja carga la mano en las desdichas que anuncia, se pone preocupado. Pero, ¡ca!, en cuanto se le acaban las cosas malas, empieza a largar cosas buenas y rara es la moza o la vieja que no sale contenta de la tienda, haciéndose lenguas de lo que sabe la señora Magdalena, de que si ha sido muy desgraciada en su vida, de que si no le va bien en la tienda, de que si hay que socorrerla, de que si cuando se ve entrar tan buen porvenir no importa unas pesetas más o menos... En una palabra, que la astuta señora Magdalena cada día va guardando más ahorros, a fuerza de quejumbar y de decir que la vida está cada vez más cara y de que siente envidia de las que van a pedirle consejo y a echarle cartas, a causa del buen futuro que se les presenta...

—¿Y no se encuentra quien no se crea todas esas cosas que inventa?

—Sí que hay gente que no la cree y que se burla de ella, o sencillamente no la toma en cuenta. Entre ella, la parte más culta del pueblo, que se sonríe muy finamente cada vez que oye hablar de las profecías de la señora Magdalena. El que se muestra más escandalizado es don Teodosio, el boticario, que cada vez que se entera de algo se lleva las manos a la cabeza y piensa cuándo esta buena mujer dejará de decir disparates a diestro y siniestro...

—Pero a ella buenos cuartos le da.

—Eso sí. No hay quien se la pueda comparar en eso de dar a la gente gato por liebre. Ni Braulio el carnicero con el peso amañado, ni la Bernarda echando agua a la leche, ni el Zocato remendando calzado con suela que ha dado varias veces la vuelta al mundo, le llegan al talón a la señora Magdalena. Tiene un pico de oro y una habilidad sacacuartos que me río yo del ministro de Hacienda y del recaudador de contribuciones. Al primero le da veinte vueltas y con el segundo no tiene ni para empezar.

Aquello se estaba poniendo bien. Habíamos llegado al final de la calle y en la parte izquierda y formando esquina se veía una puertecilla con las dos hojas abiertas y encima un letrero que decía: *El Pájaro de Oro*. Era la tienda de la señora Mag-

dalena. Tenía un escalón alto para subir, que traspusimos, guiado yo por Garciangúlez. La tienda se encontraba sola en aquel momento.

Engañaba a primera vista a causa de la puerta tan chica, porque aunque tenía los techos bajos era bien espaciosa. Se conocía que la dueña era mujer bien aprovechada, porque tenía bien surtido el negocio. El mostrador de lisa madera iba de extremo a extremo, dejando buen espacio para el público y escasísimo para contener tanto artículo como se veía allí. Todo lo que podía necesitar un pueblo rústico como Rubiercos se encontraba entre aquellas cuatro paredes: ristras de ajos, grandes trozos de bacalao, seretes de higos, huevos, sartenes, cancioneros, escobas, cajones de tocino metido en sal, rollos de cables por los suelos y sobre todo cosas de pesca: anzuelos y cañas, con buenas cestas de raba.

En el ambiente, tan terriblemente enrarecido que sólo podía soportarlo una persona bien acostumbrada, se notaba, sin embargo, un olor fino de especias, que al poco de estar allí le hacía a uno sentirse con agrado. Grandes ramas de cantueso y mejorana llenaban el aire con su penetrante aroma, ganando a todos los demás olores, que con fuerza querían infundirse en el olfato, sin conseguirlo.

—¡Ah de la casa!—gritó el cosario, dando una puñada en el mostrador y descargando sobre él uno de los bultos que traía.

Se oyó trastear adentro un poco y en seguida apareció la señora Magdalena. Era una mujer bien entrada en carnes, que tendría alrededor de los sesenta años. Vestía toda de negro —como es corriente en las mujeres de edad—y llevaba por la cabeza el pañuelo que acostumbran a colocarse todas las mujeres de Rubiercos, sean jóvenes o viejas, solteras o casadas. Tenía unos ojillos fisgones a los que pocas cosas se le escaparían, estoy seguro de ello, y una expresión zalamera en la cara que acababa por resultar desagradable.

—Buenos días, señores—dijo, contestando a nuestro saludo, mientras me observaba con disimulo—. Dichosos los ojos que le ven, señor Garciangúlez. ¿Me ha traído usted mi encarguito?

—Sí, señora Magdalena—respondió el cosario—. Ahí lo tiene usted.—Y señaló el bulto que había dejado encima del mostrador.

La tendera, sin perder un minuto, lo desenlió y sacó una docena de refajos para las mozas, cada uno de ellos de un tono

diferente. Sus manos, hábiles, le dieron vueltas por todos lados, no dejando trozo de todos y de cada uno de ellos sin mirar y remirar. Seguro estoy de que en aquellos cortos momentos fijó la calidad, la duración, las facilidades de venta, el negocio que podría hacer con ellos y cuánto de provecho y de importancia podría tener aquello para el engordamiento de la tienda. Sus ojillos y sus manos no pararon un momento durante el tiempo del examen.

—Bien—dijo por fin a Garciangúlez, que la miraba con un poco de chufla—. No es lo que yo quería, ni mucho menos; pero por no hacerle volver la mercancía a mi prima, tendré que quedarme con ella.

Se le veía, sin embargo, que estaba satisfecha de la compra, y que por no decir nunca a la primera que sí, era capaz de cortarse un dedo. Pero el viejo, que la conocía como nadie, le respondió:

—Si es por eso, señora Magdalena, no tiene usted que preocuparse ni un cachito así. Yo, de mil amores, cojo otra vez los refajos y se los devuelvo a su prima de usted. Ya sabe—dijo socarrón—que yo por hacerle un favor soy capaz de todo.

Pero se tropezaba con una buena replicadora. La tendera se sonrió con una mueca hipócrita y contestó:

—Muchas gracias, amigo mío, yo se lo agradezco como si lo hiciera. Me quedaré con ellos por no hacerle un feo a mi prima, que ha sido la que los ha elegido. Pero no me gusta ni el color ni el tamaño.

—Bueno, señora Magdalena—dijo el cosario con voz fuerte y ya cargado con tanto cuento—: ¿Se va usted a quedar con ellos, sí o no?

—¡Huy, amigo Garciangúlez! ¡Qué genio tiene usted!—la vieja hablaba con melosidad zalamera, que desagradaba enormemente—. A usted no se le posa encima ni una mosca.

A todo esto tendría la curiosidad picada por saber quién era yo, porque no dejaba de echarme disimuladas ojeadas de cuando en cuando. A mí al principio me divertía aquello, pero cuando se puso tan pesada, tenía más ganas de irme que de otra cosa. El viejo no decía sobre mí ni una palabra, y la vieja, en cuanto vió que no sacaría nada en limpio de aquella manera, cambió de táctica, dirigiéndose a mí con su amabilidad retocada de empacho.

—¿El señor es forastero?—la pregunta era de aguante.

—Sí, señora; vine anteayer—le contesté con la mayor corrección.

—Pues el pueblo es pequeño, y a pesar de eso no he tenido el gusto de verlo.

—Es que ayer estuve de pesca todo el día. Me llevó José en su barca desde por la mañana temprano.

—¡Ah!, ¿sí?—la vieja apretó la boca—. Me extraña que mi hijo no me haya dicho nada. Claro que no es muy hablador que digamos. Pero, con todo, podría haberme dicho algo. No me habla siquiera de la Andrea.

—¿Conque no le habla a usted de su futura nuera?—preguntó el viejo con malicia—. Es raro, porque José tendrá que casarse pronto. Yo calculo que para San Antón

—Eso será o serón—habló la vieja, incisiva, desapareciendo su melosidad—. A mi José no lo pesca ninguna pobretona. Cuartos yo le dejaré al morirme y no quiero que vayan a parar a manos de cualquiera.

Yo no entendía mucho de aquello ni había oído hablar, pero se veía a la legua las ganas que la tendera tenía de casar a su hijo con la Andrea. Habían empezado con indiscreción delante de mí, y hasta luego que el cosario me enteró del caso, no cogí partida de aquella conversación.

Se conoce que la señora Magdalena, de pobre como un diablo que era, había agenciado en aquella tienducha durante más de treinta años una fortunita que, al decir de los enterados, no bajaría de los doscientos mil reales. Todo a pesar de sus continuas quejumbres y lamentaciones de que perdía dinero y de que la tienda daba únicamente para medio ir tirando. Se le había metido en la cabeza casar a su hijo con la Flora, una muchacha no mal parecida, pero tan pava y tan sosa que no le entraba por el ojo ni al más enamorado. Era hija de uno de los terratenientes del pueblo y aportaría buenos cuartos de dote. Pero José se había encandilado por su cuenta con la Andrea, aquella mozuela que vimos en la playa, que, al decir del viejo, valía cien veces más que la otra, en razón de lo dispuesta, trabajadora y buena muchacha que era. Era hija de un jornalero y sólo podría llevar de dote su persona y poca cosa más, pero al novio le placía la chica lo que no está en los escritos.

Y ése era el problema que se le había bandeado a la señora Magdalena. Ella no apetecía nada el noviazgo, pero donde las dan las toman, y no había fuerza en el mundo capaz de apartar a los dos mozos de su querencia. Pero la vieja cavilaba lo suyo, y en sus conjuros y zambombas y en las discusiones que se tiraba con el hijo no hacía otra cosa que predecir males sin cuento a la pareja si algún día llegaba a unirse.

De manera que así le había sentado la pregunta del cosario. Pero al pronto se dominó y no dijo una palabra más de aquello. Recogió los refajos y los puso bien a la vista del público, pagando los portes a continuación a Garciangúlez. Se me ofreció «para cualquier cosa que necesite el señor, que ya sabe que aquí en el pueblo somos todos serviciales y que el señor no tiene más que pedir una cosa para que ya sea hecha»...

Cuando nos estábamos despidiendo entró una mozuela—que tendría unos dieciocho o veinte años cuando más—, y que con ademanes nerviosos se acercó a la vieja y le dijo algo al oído. Esta dijo que sí y le hizo señas de que aguardara un momento, viniéndose luego a hablarnos en voz baja:

—Esta chica, que es la Zoililla, hija de la Zoila, la del estanco—me explicó a mí—, viene a consultarme a las cartas lo corriente en gente moza: amoríos. Si tienen ustedes interés en ver cómo le echo las cartas y le saco fetén el futuro, cuando yo me haya metido dentro con ella pueden pasar a la trastienda, que está pegada a la habitación de la consulta, y por medio de un cuadro, detrás del que hay un boquetillo en la pared, podrán ustedes asistir a la consulta.

La vieja me miró a mí como preguntándome. Yo le contesté:

—Sí que tengo curiosidad por verla echar las cartas. Haremos lo que usted dice.

Ella hizo una mueca de satisfacción, nos dirigió una mirada de inteligencia y acercándose a la muchacha le habló:

—Vamos, Zoililla, pasa.

La moza estaba aturullada y nos contemplaba con ojos de sospecha, preguntándose sin duda lo que nos había dicho la tendera. Esta se dirigió a nosotros y nos espetó en voz alta:

—Adiós, señores. Muy buenas tardes y hasta la vuelta. Siempre que quieran ustedes volver, aquí me encontrarán dispuesta a servirles.—Y se metió adentro con la Zoililla.

A mí no me parecía muy de ley enterarme de cosas que no me importaban, y menos de los tejemanejes amorosos de una mocosuela, que santas y buenas sean todas, pero que poco interés acostumbran a tener para los que hemos pasado la primera mocedad. Pero al mismo tiempo tanto me había hablado el cosario de la fama como echadora de cartas de la señora Magdalena, que yo tenía la curiosidad picada por verla entrar en funciones. El viejo se sonrió y me dijo bajito:

—Verá usted una cosa curiosa. En sí no es nada, pero el aparato que le pone la señora Magdalena para engatusar a la gente es digno de verse. Venga por aquí.

Traspasamos el mostrador y nos colamos en la trastienda. Estaba aquello algo oscuro y lo que se veía era a causa de un ventanuco pequeño que daba a un patinillo. Había allí unas cuantas sillas y una mesa grande en el centro, un espejo regular de tamaño en uno de los testeros y en el otro varios cuadros con fotografías amarillentas, que si no tenían cincuenta años muy pocos le faltaban.

El viejo se dirigió a uno de ellos, que representaba un hombre de unos setenta años, con el pelo casi totalmente blanco, barba y bigotes abundantes y una cara adusta que imponia respeto. Descolgólo con cuidado y dejó ver un rayuelo de luz que se filtraba de la habitación vecina. Miró un momento y en seguida me hizo señas de que lo hiciera yo.

La otra sala, más grande que aquella en que estábamos, se hallaba iluminada únicamente por la luz de un velón que había encima de una estufilla cubierta por un paño negro. A cada costado de ella estaban sentadas dos personas: la señora Magdalena en el lado más sombrío y la Zoililla en el más claro.

Aquella habitación estaba dispuesta como una sala de muertos. Colgaduras negras en las paredes, una gran alfombra del mismo color (luego supe que la tendera había sudado tinta para teñirla, porque fué de color corriente), caracolas grandes colgadas de cada lado, que habían sido blancas y que la astuta vieja había pintado con una cruz negra en el centro; cachivaches por todas partes, porque hasta del techo se veía suspendida una máscara de color oscuro con una mueca burlona entre los labios; en fin, una colección completa de las cosas más dispares, todo con el solo objeto de que al entrar uno allí se le pusieran fríos los ánimos y no hubiese Dios que se resistiese a soltar la peseta o el duro, que era lo que buscaba la vieja.

A la verdad, la señora Magdalena, con el pañolón negro por la cabeza, la oscura sala llena de tiestos con signos raros, la mesilla cubierta hasta el suelo con el manto negro, hacía que aquello tuviera un aspecto que impresionaba bastante, en razón de la mente sencilla de los lugareños. Y a fe, creo yo, que más de uno con mucha sabihondez se habría quedado más que cortado si hubiera entrado allí sin que lo hubieran prevenido antes.

A todo esto la vieja no paraba. Farfullaba unas misteriosas letanías, de las que no pude coger ni una palabra, pero que venían conformes con el aspecto sombrío del cuarto. Largaba luego como una serie de lamentaciones, que ponían nerviosa a la muchacha, haciendo que se retorciera en su asiento, como si

le estuvieran haciendo cosquillas en las plantas de los pies. Abría mucho los ojos contemplando el consabido globo de cristal lleno de agua que tenía puesto la pitonisa encima de la mesa. A la luz cambiante del velón aparecían misteriosas figuras sobre los lados del cacharro, que la chica interpretaba a su gusto, aunque por la cara que ponía, miedo y preocupación era lo único que venía sacando en limpio.

La tendera se estuvo lo menos tres minutos camelándose a la chicuela con estas letanías y estudiando el globo en todas las posturas imaginables. Sacó luego una baraja de cartas (no podía faltar) y las extendió encima de la mesa con mucha parsimonia y dándole misterio a la cosa.

—Hace cinco días que te has peleado con tu novio—dijo al sacar una carta. (Aquello lo sabía todo el pueblo.) Sin embargo, la muchacha, atragantada con la emoción y apretando las manos, dijo que sí, medio ahogándose.

—Es muy posible que dentro de poco se celebre en el pueblo una fiesta, en la que te sacará a bailar un hombre al que no hayas visto hasta ahora. Ese hombre desconocido te llevará lejos.

—¿Adónde?—preguntó la Zoililla con un hilo de voz, más muerta que viva.

—Muy lejos—contestó la vieja con voz misteriosa y seria como un palo—. Es un hombre que te hará conocer cosas muy bonitas y tan raras que nunca las habrás visto en tu vida. Es un hombre que se ha cruzado ya en tu destino.

—¿Cuándo?—la chica abría unos ojos como puños.

—Hace muy poco tiempo, pero tú estabas en la luna—dijo la vieja, colérica—. Ese hombre, si no te muestras a él y te haces valer, no te hará ningún caso y lo perderás todo. Es un viajero poderoso.

Comprendí por aquello de viajero y lo demás que se refería a mí. La ladina vieja aprovechaba por lo visto todas las circunstancias para influir y dominar sin comprometerse lo más mínimo a aquella gente sencilla, enredando los hechos reales con otros que fraguaba a voluntad y a última hora sin soltar prenda.

—Y ese hombre, ¿quién es?—preguntó la moza, que estaba más asustada y patidifusa que contenta por la suerte que se le venía encima.

La vieja había seguido extendiendo las cartas encima de la mesa y mirando de cuando en cuando el globo de cristal, como si allí estuviera el nudo del enjuague que se traía entre manos.

—Señora Magdalena. Y de lo de Fermín, ¿qué dice el destino?

—El destino está ahora muy callado con Fermín. Voy a ver si sale algo—replicó la tendera remirando el globo y las cartas y esforzándose en inventar—. Tú no deberás hacer caso a tu antiguo novio, porque él sería tu perdición. Es un hombre que te hará desgraciada en cuanto menos te lo pienses. Te hará desgraciada en un periquete si te acostumbras a salir sola con él por la noche a la puerta de tu casa.

Aquello era una novedad en el pueblo, por lo visto. La vieja se quedó unos momentos como traspuesta, fingiendo que interrogaba al destino. La muchacha la miraba tímida y medrosa, sin tener ánimos apenas para otra cosa que para mirar a la adivinadora con sus redondos ojos de gacela.

—Por hoy nada más—dijo la vieja, volviéndose del cuento que se traía—. La comunicación con el más allá se ha roto. Son ocho reales.

—Señora Magdalena, sólo traigo seis.

La vieja se descompuso ante la tomadura de pelo. Pronto se la había devuelto la moza.

—Habráse visto la frescura. Es natural. Así hoy se me han resistido las fuerzas del más allá. Seguramente han adivinado que no traerías completo el dinero de la consulta.

—Otro día le traeré lo que falta.

—¡Qué otro día ni qué porra!—exclamó la vieja, encolerizada—. Eso acostumbráis hacer siempre. Vienen ustedes casi lloriqueando a consolarse en la sagrada fuente de la sabiduría, de la que no soy más que una humilde portadora, y encima salen ustedes con el cuento de que no tienen para pagar. Cuando vuelvas otra vez cuida de traer los cuartos enteros.

—Sí, señora—dijo la Zoililla, levantándose ya más tranquila después del sermón—. Adiós, buenas tardes.

—Buenas tardes—le contestó la señora Magdalena, todavía enfurruñada por el chasco y acompañándola hasta la puerta, mientras disimulaba una mueca de satisfacción al guardarse el precio de la consulta en el delantal.

Yo me retiré del observatorio un poco chasqueado de lo que había visto, aunque no esperaba tampoco demasiada cosa de la vieja adivinadora. Así que creí que lo mejor era poner al mal tiempo buena cara. El viejo Garciangúlez se estuvo sentado todo el rato en un sillón imaginando la escena, porque seguramente conocía ya las artimañas de la señora Magdalena mejor que el camino de la serranía que tan trajinado se tenía.

Cuando terminó aquello se levantó y se sonrió un poco tristemente, diciéndome:

—Ya ve. Lo que hace el poco conocimiento. Ya conoce usted los pueblos. Donde no exista el entendimiento, ponga usted barreras a la credulidad de la gente. Todo será en balde. Se tragará las ruedas de molino con más facilidad que el pan nuestro de cada día.

Nos salimos de allí, despidiéndonos en un santiamén de la viuda y dándole rápido las gracias, con lo que se quedó algo cortada, porque esperaría por lo menos, si no unas pesetas, sí algún que otro cumplido por la buena amistad que tenía con el más allá y lo donosamente que emperijaba cuentos a todos los que iban a saber su futuro.

Nos dirigimos de allí a la botica de el *Parecido*, sobrenombre que aplicaban a don Teodosio, el boticario del lugar. Yo iba hecho un mar de pensamientos. Si por un lado no tenía más remedio que darle la razón a Garciangúlez, por otro había algo que me rascaba la cabeza y no me dejaba poner paz en el caletre.

Yo consideraba la sencillez de aquella gente en comparación con la malicia y el saber que hay en las grandes ciudades. Es verdad, hay aquí analfabetismo a carretadas. Pero ¿son mejores las gentes entendidas de la ciudad? Allí conocen más, saben más, no hay quien les engañe. Pero, al mismo tiempo, yo las noto como gastadas. La capacidad de ilusión que tiene la gente de aquí me parece mayor que la de aquella que sabe exactamente los límites de las cosas. En estos sitios son ingenuos sin llegar a ser estúpidos y es consecuencia de no tener cultivado el espíritu, porque yo veo que muchos tienen una inteligencia natural y un sentido de la vida que para sí quisieran muchos entendidos. Los sentimientos que demuestran indican una pura salud del corazón, salvo, cosa lógica, casos como el de la señora Magdalena, que forman en verdad excepciones y que no dicen, al fin y a la postre, sino que aquí, como en todas partes, cuecen habas.

Calentada la cabeza con estos pensamientos, nos habíamos acercado casi sin decir palabra ni darme cuenta a la botica de don Teodosio. La puerta era demasiado ancha para un establecimiento de este tipo y la sala de despacho demasiado grande, por lo que se la notaba destartalada, habiendo también un poco de abandono en su aspecto. El mostrador llegaba hasta el fondo y era de madera pintada de un suave color gris, que hacía juego con el color de las estanterías, que eran también del

mismo tono. Había unas cuantas abarrotadas de frascos y potingues, pero la mitad o quizá más estaban vacías.

Don Teodosio estaba sentado detrás del mostrador leyendo una revista, que abandonó en cuanto entramos nosotros, poniéndose de pie. Era un hombre gordísimo, hasta parecer casi redondo, que tendría sus cincuenta años bien llevados y unos bigotazos que le caían lacios a los lados de la boca. Era muy bajito y tenía una cabeza muy grande y facciones muy pronunciadas, de modo que inspiraba gran respeto en cuanto no se le conocía y se le veía sentado. Una vez tratado y de pie, era cosa muy diferente. Sus ojillos negros brillaban a través de unas gafas de modelo anticuado, mientras nos saludaba muy cortésmente.

Garciangúlez le explicó en dos palabras quién era yo, qué había hecho y a qué venía.

—Bien venido, bien venido, señor Vargas—me dijo estrechándome calurosamente la mano entre las dos suyas—. Yo y toda mi casa está a su entera disposición. Tiene usted que venir a comer un día con nosotros.

Yo le agradecí su ofrecimiento lo mejor que supe, prometiéndole ir un día a comer con él y doña Eufrasia, su distinguida consorte. En aquel momento no se encontraba en la casa, por haber tenido que asistir a la iglesia a no sé que acto religioso.

El cosario sacó un paquete que traía para él y don Teodosio lo desenvolvió, sacando botes de medicina, que fué colocando estratégicamente en los estantes, para que el pueblo se diera cuenta de que la farmacia se encontraba espléndidamente surtida, según quiso hacerme creer y yo convine con él.

—Señor Vargas—me dijo, una vez terminada la colocación de los mejunjes—, mi esposa y yo tendremos un inmenso placer en recibirle en nuestra humilde morada. Aquí en Rubiercos se recibe poca gente culta y distinguida como usted.—Una sombra de tristeza veló sus ojos chiquitillos y un corto suspiro salió de su pecho esforzado.

Yo no sabía dónde ponerme. Que aquel buen señor me tratara de semejante manera era más de lo que yo podía imaginar. Todo lo culto y distinguido que él quisiera, pero que no me soltara aquellas andanadas de frases, porque soy un poco de garganta chica y no acostumbro al incienso, porque he oído decir que es malo para el pecho y para la cabeza. Pero no paró ahí la cosa.

—Cuando viene algún forastero o se asienta en el pueblo

alguien de fuste, en seguida viene aquí y nos hacemos amigos —agregó, esponjándose lo suyo—. A veces voy yo mismo a ofrecerme a él, porque me gusta que reciban del pueblo buena impresión por su cultura y buena crianza.

Aquí había variado la andanada, atizándose él la tufarada de incienso que, al parecer, no le sentaba mal, por la cara de satisfacción que ponía. Yo sonreí un tanto. A aquel buen señor se le notaba el flaco desde una legua. Milagro me parecía no habérmelo calado desde mi arribada al pueblo, porque el tufo de graciosa vanidad que despedía tenía que doblar al pico más serio de Sierra Morena.

En aquel momento entró uno en la botica y le tendió una receta a don Teodosio, que la cogió con cierta disimulada desazón, descomponiéndosele el rostro mientras la leía. El que la traía era un mozancón de unos veinticinco años, con expresión de tarugo y ojos entornados que no hacían más que observar al boticario con cierta socarronería

—Verá usted, querido Marcial—dijo éste con exagerada amabilidad y sonriendo de oreja a oreja—, precisamente este medicamento lo estamos esperando, tanto que yo creía que mi amigo el señor Garciangúlez, aquí presente—hizo una ligera inclinación en dirección a nosotros—, lo traía en la remesa de medicina que acabo de recibir de los Laboratorios Rodríguez y Compañía, la firma más importante de la capital en cuestión de medicinas. Pero no ha sido posible que me manden, porque sólo tienen una escasa reserva de él y lo han destinado a la capital. Pero se están ocupando de fabricarlo a toda prisa. Por suerte para usted, da la afortunadísima casualidad de que, aunque yo no tenga de esa misma medicina, tenga otra que es mismamente casi igual. Es un jarabe tan parecido al que receta don Alpero como una gota de agua a otra.

El que traía la receta se tragó toda aquella verborrea y no dijo ni pum. Siguió mirando al boticario como quien mira a la pared. Su cara no varió ni en lo más mínimo. Don Teodosio soltó unos cuantos ¡ejem, ejem! como para aclararse la garganta y siguió hablando:

—De manera, mi querido amigo, que envolviéndole el jarabe maravilloso—al tiempo lo iba haciendo—, su señora quedará pronto buena y no notará la menor diferencia con el que le han recetado.

—Pero yo quiero lo que dice la receta—dijo el cliente, saliendo, por fin, de su mutismo—. Si usted no me da lo que dice el papel, yo no lo quiero. Lo buscaré en otra parte.

—¿Cómo es eso, mi buen señor?—dijo el boticario empezando a sudar—. Usted haga que su señora pruebe este medicamento, que le dará quizá mejor resultado que el que le han mandado.

—Lo ha mandado don Alpero. ¿Va usted a saber más que él?—dijo el otro con sorna y mirándole de hito en hito—. El pobre don Teodosio se había precipitado con aquel cazurro y las estaba pasando moradas.

—No he querido decir eso, ni mucho menos—contestó, poniéndose como una cereza, a pesar de lo corrido de mostrador que estaba—. Lo que he querido decir es que a veces las medicinas surten efectos inesperados, cosas que no se comprenden. Y que este medicamento es tan parecido al que le han mandado, que se puede decir que es el mismo.

—No es el mismo—replicó tercamente el otro.

—Ya sé que no—añadió con infinita paciencia don Teodosio, aunque se le notaba algo sulfurado, mientras nos dirigía miradas inquietas de cuando en cuando—. Puede usted tomarlo o dejarlo—dijo repentinamente, con la voz alterada y los ojillos coléricos.

El otro se quedó cortado, porque no esperaba esta enérgica salida de un hombre tan chico. Refunfuñó un poco y terminó cogiendo el frasco, soltando los diez reales que importaba y largándose con viento fresco.

Don Teodosio puso una cara de satisfacción comiquísima, porque, cogiendo el dinero con cierto desdén, lo echó en el cajón sin mirarlo. Ya más sosegado después de tan trabajosa victoria, se vino a nosotros, dirigiéndose en especial a mí:

—Ya ve usted, don Carmelo, estos lugareños no saben lo que se pescan, y en cuanto no les da uno lo que dice la receta, ya están porfiando que si esto, que si lo otro... Hay que hacerse cargo de que todo no puede salir a pedir de boca en este mundo, y de que no va a tener uno en la botica todo lo que al médico se le ocurra recetar. Sería una ruina para mí. El pueblo es pequeño y la gente se pone tan pocas veces enferma —añadió con pesar—, que ser farmacéutico no es ninguna ganga en Rubiercos.

Aquellas razones me parecieron muy endebluchas, pero asentí a todo poniendo la cara más compungida que pude. Garciangúlez me hacía corro, aunque en sus ojos había una chispa de malicia que no se le escapó al boticario, poniéndolo confuso y molesto.

Conque nos dimos andana, en vista de ello, no sin que el servicial don Teodosio me volviese a ofrecer su casa y familia. Era buena persona.

Así, durante aquel día, y principalmente en el casino, seguí conociendo gente, siempre guiado por el cosario, que llevó su amabilidad hasta el punto de hacer que no me perdiera detalle pintoresco, persona curiosa o suceso de buen bordo. Así conocí a *Miracielo*, el poeta y cronista de las glorias de Rubiercos. Era un mozuelo gafudo, flacucho y de sana inspiración, que debía su mote a la eterna contemplación del firmamento y a su continua estancia en la higuera. A don Bernardo, el alcalde, un señor atento que estaba en el casino en compañía de don Alpero, el médico. (Fuimos allí a la caída de la tarde.) Don Bernardo era, por lo que me pareció y lo que me habló de él Garciangúlez, un hombre que tuvo grandes aspiraciones políticas, que habían quedado cortadas en su primer vuelo, a causa de un prematuro y desventajoso matrimonio. Allí vegetaban sus cincuenta años, mientras los ojos se le encandilaban en cuanto hablaba de la capital y evocaba su juventud nada edificante. Ya tenía los cabellos casi blancos y se consideraba inamovible, mientras un hondo suspiro le brotaba de cuando en cuando de lo más hondo del corazón.

Don Alpero era un mozo recién salido de la Facultad, como quien dice. Llevaba ejerciendo en el pueblo todo lo más un par de años. Estaba enemistado con don Teodosio a causa de las frecuentes discusiones que habían sostenido sobre la forma de ejercer y recetar. El boticario, chapado a la antigua, y el medicucho, con las últimas teorías científicas calentándole el cerebro. Aquél todo lo resolvía con ungüentos, emplastos y medicina casera. Este adoraba toda la medicina moderna, los terminachos más raros y la camelancia del saber a bombo y somanta. Claro, no se podían entender ni se entendieron nunca. Don Alpero conocía todas las medicinas que tenía la farmacia, y cada receta que hacía no llevaba ninguna de aquellas. Don Teodosio se daba a todos los demonios, y en su fuero interno ponía como un trapo al *mediquillo*, pero no tenía más remedio que pasar por uvas. La gente conocía el pugilato entablado entre aquellas dos fuerzas de la localidad y se divertía de lo lindo con la cazurrería del uno y los apuros del otro.

También traté a muchos más, en que la memoria no me es respondona. Doña Eduvigis, la señora más rica y principal del pueblo, unos sesenta años y una influencia bárbara en Rubiercos, no sólo por su dinero, sino también por su bondad y llaneza en el trato con todos. Hacía diez años que había que-

dado viuda, dejándole buenas fincas su marido, don Cleofás, que fué senador del Reino en los tiempos de Alfonso XIII. A ella le quedaba aquel prurito de mandamás de sus mejores tiempos, que ella disimulaba con su nunca desmentida jovialidad y su buena crianza. Pero Garciangúlez, que la conocía bien, me lo dió a entender antes de presentármela, y yo pude calar que era cierto.

Y... ¿cómo no? El cura del lugar. Era joven, como el médico, y recién salido del Seminario, como aquél lo estaba de la Facultad. Pero don Angel era cosa aparte de cuantos conocí. Era alto y delgado, con los ojos brillantes y puros en los que anidaba un fuego interior. Nunca he conocido una persona que me hubiera impresionado tanto. No era de muchas palabras, pero en las que decía se notaba algo raro, profundo, tan extraño, que yo nunca he vuelto a escuchar a persona alguna que me causara impresión semejante. Me sentía igual que un niño con su maestro, a pesar de llevarle yo varios años. Era de una dulzura extremada y de una rectitud completa, a más de conocer el alma de las gentes de una sola ojeada. Yo creo que para él eran de cristal. Su casa siempre estaba abierta para todos los que iban a visitarle, al igual que su corazón, pues aunque pocos le comprendían, todos le querían. El pueblo entero lo adoraba. Una vez le oí decir misa y me pareció que él no veía a los feligreses. Al volverse hacia ellos estoy seguro de que los miraba, pero no que los veía, tal era el recogimiento que había en todo él. Se notaba en sus actos como una sumisión completa a algo que sólo él sentía llamado a realizar. No se podía decir con palabras, pero se sentía que aquel hombre veía cosas que no veíamos los demás ni llegaríamos a ver nunca. Yo salí de la iglesia sin notarme el cuerpo de tan ligero como me lo encontraba.

Y así pasaron varios días, cogiendo impresiones nuevas y conociendo personas que cada una tenía su interés. Me gusta eso de azacanear siempre, moverme lo más posible y sentirme los poros del cuerpo llenos de la continua mudanza que da esa fiebre inquieta del viajero. Es lo que me da el gusto pleno de vivir. No quiero que se me hagan viejos los paisajes, al menos, por ahora, porque la coyuntura de cambiarlos tendrá forzosamente que pasar con el desfile de los años, y llegará un momento en que habrá que echar el ancla, como hizo el viejo Garciangúlez. Pero hasta entonces habré vivido mi vida con la altura y la anchura que yo quiero darle. Más adelante apeteceré la lumbre quieta del hogar y el tranquilo repasar de los

días vividos, y tendré que contar a aquellos que quieran escucharme. Pero ahora, trasiego y mudanza es lo que quiero. Se resume todo en una sola palabra: ¡Vivir!

* * *

El día de San Juan Bautista es el más grande de Rubiercos, porque es el día del Patrón. Yo, prevenido desde hacía varios por el viejo cosario, me encontraba ganoso de conocer los festejos religiosos y *mundanos* de aquella fiesta, una de las más celebradas en muchas leguas a la redonda. Era el último día de mi estancia en el pueblo, porque ya me notaba cierto calorcillo en la sangre y me encontraba dispuesto a largarme de aquellos lugares ya conocidos, para irme en busca de otros donde refrescar la pupila, sedienta de nuevos horizontes.

Amaneció claro, un día rotundo de luz y de colgaduras en plazas y calles. Desde las siete y pico de la mañana rondaban los mozos por el pueblo, dando música por todo él, en unión de la banda municipal. Despertaban a todos los ciudadanos, porque la cantidad de vueltas que daban no es para descrita. A mí me hicieron asomar a la ventana, que estaba justamente a cien metros de la plaza. Calculen ustedes el alboroto que armarían los bigardos, porque es el caso que hasta aquel momento no habían pasado por la calle Real.

Alrededor de las ocho llamó doña Frasca a la puerta de mi habitación, pidiendo permiso para entrar. Yo me había vuelto a meter en la cama y le di rápida licencia, aunque por mor de las malas lenguas, me eché las sábanas hasta el cuello.

—Buenos días, don Carmelo—me saludó toda gozosa por la grandeza del santo—. Hoy es la fiesta grande de Rubiercos. Ha tenido usted suerte, acabárase de ver. No parece sino que mismamente ha aguardado que pase este día para marcharse del pueblo.

—Naturalmente, doña Frasca; si no hubiera sido así, haría ya un par de días por lo menos que me hubiera dado andana de aquí. Conozco ya el pueblo y los que viven en él de cabo a rabo.

—¡Qué va, don Carmelo, qué va! Hoy es precisamente cuando llegará usted a conocerlo. No se piense que los pueblos se conocen solamente en los días de trabajo. Hay que saborear también los días de fiesta. Es la válvula de escape que tenemos.

Me pareció que no andaba falta de razón y no le repliqué. Ella siguió diciendo, en cuanto vió que yo no le contestaba:

—A las diez en punto es la misa mayor, que durará una hora casi, y a las once sale la procesión. Aunque los mozos desde bien temprano no dejan pegar ojo a nadie. Ya los habrá escuchado.

—Sí que me han espabilado el sueño. Me voy a levantar.

—Me parece que no debe usted hacerlo todavía. Le van dando serenata mañanera a las mozas para ponerlas en planta y que se vayan emperejilando para la misa y la procesión. No hay, por lo demás, otro movimiento por las calles. ¿Ha visto usted los fuegos artificiales que tienen preparados en la plaza?

—Sí que me han parecido bien. Pero se me antojan demasiado voleo.

—¡Qué va! Si viera usted lo que se disfruta.

La vieja, en medio del cuarto, se encontraba a sus anchas parlando de su Rubiercos, mientras los ojillos se le encendían de entusiasmo. Yo, bien arropado, la contemplaba con el mayor sosiego del mundo.

—Talmente es una maravilla lo que nace a las doce de la noche. Que este día es cuando más recuerdo a mi pobre Antón, muerto a la edad de los sesenta y seis años, cuando aún tenía mucha vida por delante.

A la vieja se le pusieron un momento los ojos lacrimosos, pero en seguida volvió a tenerlos naturales.

—Lo mejor que debe usted hacer—me dijo—es quedarse en cama hasta las nueve y media, si no le apetece levantarse todavía, y yo le traeré el desayuno a la cama. Porque supongo que no se perderá usted la misa mayor.

—¡Naturalmente que no!—le contesté con el mayor entusiasmo, lo que le supo a gloria.

A la verdad, tenía yo deseos de ver a todo el pueblo reunido, lo mismo en el plan religioso que en el plan *mundano*.

De manera que quedamos de esa manera. La vieja me trajo el desayuno a la cama y yo estuve en ella hasta las nueve y media, hora en que me aderecé lo mejor que pude, tirando para abajo un cuarto de hora antes de empezar la misa. Allí me esperaban don Teodosio y el viejo Garciangúlez, ambos con ropa de cristianar. El primero iba enfundado en un viejo frac de faldones muy largos que olía a naftalina desde una legua, y el cosario llevaba un traje negro completamente flamante.

Yo los saludé, agradeciendo su amabilidad al venir por mí, y juntos nos partimos para la iglesia, dejando a la mesonera dispuesta a cerrar para asistir también ella al acto religioso.

La iglesia estaba situada en la parte alta de la villa y yo ya la conocía, como creo haber dicho en alguna ocasión. Era un edificio pequeño y de bella construcción. Tenía un par de torretas a cada lado de la torre central y se encontraba en armonía con la antigüedad del pueblo, ya que siendo la única en él, había sido levantada a la par de su fundación. Estaba en el centro de una plazoleta a la que se subía por una de las calles peor empedradas de Rubiercos. Conforme ascendíamos por ella, se notaba una gran cantidad de gente por las calles, el pueblo en masa. Todos con sus mejores trapos y sus mejores sonrisas.

—Buenos días, buenos días—se escuchaba por todas partes.

Allí había de todo: desde las gentes de media levita, que forma la aristocracia rubierquesa, hasta el humilde menestral, que sólo tiene su trabajo para vivir, o el último pescador de la última barquilla. Familias enteras, desde el viejo septuagenario hasta el jovencísimo rapaz, reuniones de mozos y mozas, diversidad absoluta de gentes, con una comunidad cordial entre todas.

Cuando arribamos a la plazuela de la iglesia, estaría allí congregada, como mínimo, las tres cuartas partes de la población de Rubiercos. Los que faltaban eran los retrasados y aquellos que materialmente no podían ir.

A la iglesia se subía por medio de seis escalones, que se hallaban enteramente cubiertos de gente. Don Teodosio, dándose toda la importancia que podía, que no era poca, daba los buenos días con aire protector a todo el que se ponía a su alcance. Nos explicó al cosario y a mí todos los detalles del edificio. Según él, tenía cuatrocientos años, y era de estilo gótico antiguo. A mí me parecía aquello una barbaridad, porque no creía que las épocas coincidieran, pero teniendo en cuenta el gran interés que puso en explicarnos uno por uno todos los detalles de la fachada, cosa de que no conservo la más mínima memoria, se podía dar por bien empleada su sabiduría ratonesca y alambicada. No recuerdo nada de cuanto nos dijo, aunque me agradaría hacérselo saber a los que pudieran leerme, para que se enteraran de todo lo que es capaz de almacenar la cabeza del boticario de un pueblo rústico como Rubiercos. A mí, el templo me parecía bonito y chiquito, con sus adornos y sus torres bien construídas, que daban impresión de trabajo delicado y fino, a pesar de que, según don Teodosio, era muy antiguo y debería estar ya bastante estropeado.

La gente que formaba corrillos en la plaza aguardaba, por lo visto, el tercer toque, que indicaría que la misa iba a empe-

zar. Pero nosotros entramos dentro, donde había ya unas cuantas rezonas que no hacían más que menear el rosario y darse golpes de pecho. El altar, enfrente de la puerta de entrada, estaba tan bien iluminado y adornado, que era una bendición verlo. Toda la iglesia estaba llena de velas y luces eléctricas que la hacían brillar como un ascua de oro. Después de persignarnos y arrodillarnos un momento, nos fué explicando don Teodosio, en voz muy baja y con mucha discreción, la historia de todas y de cada una de las imágenes del templo, por lo que quedamos impuestos a las mil maravillas de la historia religiosa del pueblo. Yo no recuerdo ni patata de ella, porque cuando voy a ver una cosa me gusta sentirla por mis propios medios y no distraerme en otra cosa.

En esto había ido entrando gente y más gente, ocupando los bancos. Nosotros nos situamos muy cerca del sacerdote, que entró al momento de dar el tercer toque. Una avalancha de personas llegó como una riada, ocupando todos los sitios disponibles.

Ninguno de los tres llevábamos libro de oraciones; pero, aun faltándome éste, fué la misa mejor que he escuchado en mi vida, no sé si porque la dijo don Angel o por el hecho de encontrarme yo en aquella ocasión con el ánimo en una forma especial.

Don Angel tenía ángel diciendo misa. Todo el pueblo lo decía, y en aquella ocasión se confirmó bien de veras. Todos sus movimientos estaban llenos de la gracia de Dios. Cuando se volvía hacia el pueblo no lo miraba—me parecía a mi—con los ojos de la cara, sino que sentía su presencia con los ojos del alma. Tal era la cosa especial de que estaba dotado en aquel día grandioso de misa mayor. Su canto del latín iba acompañado de la voz del órgano, que sonaba en la iglesuca con la misma salmodia y solemnidad que en las grandes catedrales, allí donde el cuerpo y el alma se nos vuelven chicos para sentir la grandeza de Dios.

El sermón fué hermoso y sencillo. Don Angel parlaba con claridad de cristal y todos lo entendíamos a las mil maravillas. Nos habló de la hermosura de tenernos allí reunidos a todos y de la gran comunión general que se daba en aquella señalada fiesta, en la que a Dios le agradaría inmensamente que ninguno de nosotros se quedara sin sentarse a la sagrada mesa. Yo, a pesar de que no voy con demasiada frecuencia a la iglesia, sentí un repeluco de remordimiento por no haberme confesado, ya que no podría comulgar. Pero me prometí firmemente hacerlo en otra ocasión. Y es que don Angel decía aquello tan convencido, que uno llegaba a sentir que no había más remedio que hacerlo.

Cuando llegó la hora de la comunión, con el pueblo tan grande—yo calculo que tendría unas tres mil almas—. sólo quedaron en su sitio un centenar. Don Angel había hecho una labor los días anteriores—en que había habido triduo—, que ni los siete trabajos de Hércules. Predicando y confesando al pueblo entero, había hecho una labor que ni San Pedro que volviera a la tierra le habría aventajado.

Cuando terminó la misa, el pueblo entero se congregó a la puerta de la iglesia para ver salir la procesión del santo y sumarse a ella. Allí, la mañana, en ese día memorable, se consagra a los cultos religiosos, y la tarde, a los cultos *mundanos*. Una enorme aglomeración de gente había en la plazoleta y en sus inmediaciones. Nosotros, Garciangúlez, don Teodosio y yo, nos fuimos a uno de los rincones de la plaza, donde se notaba más claro el gentío.

Allí aguardamos la salida durante un buen rato. Al fin, fué circulando entre la gente el «¡Ya viene, ya viene!» consabido. En efecto, a los pocos momentos asomó un monaguillo en medio de otros dos, portando la cruz directriz de la procesión. Mujeres y niños se fueron uniendo a ella, formando dos larguísimas filas. Nunca pensé que hubiera tantas en el pueblo, porque aquello se prolongó un larguísimo rato. Iban mozas desde los setenta a los quince abriles, amén de incontables chiquillos, todos muy bien arreglados y seriecitos. Luego venía la presidencia, formada por las autoridades municipales y terratenientes del pueblo, y a continuación, don Angel con sus ornamentos sacerdotales, llevando el Santísimo Sacramento, ante el que todos nos arrodillamos, todos. Finalmente, y a los acordes suaves de una música sacra, apareció el paso en la puerta del templo. Venía llevado por ocho mozos del pueblo, que soportaban su peso mediante andas que asentaban firmemente sobre sus hombros. Yo, al principio, pensé que traería una única figura, es decir, la del Patrón de la villa, San Juan Bautista, llamado el Precursor. Pero no, era precisamente la representación del Bautizo del Jordán. Dos figuras: Jesucristo y el Precursor. Estaban muy bien moldeadas, aunque se veían bien trabajadas por los años. Tenían una serenidad sin par en las facciones y un halo tal de dulzura arrebatada en aquel día tembloroso de luz y de oro, que los pulsos nerviosos e impacientes de la sangre se reposaban y daban lugar a una quietud

misteriosa. San Juan bautizaba al Señor y el Señor acogía con humildad la mano sagrada del santo, que derramaba sobre su cabeza el agua del lago. Más que un grupo de escultura, era una estampa de la Biblia.

El paso era chiquito, pero preciosamente trabajado. Las andas eran de metal dorado, con figuras de santos y escenas de la Pasión rodeando los cuatro costados. Fuerzas municipales iban rindiéndole escolta.

Un silencio absoluto se había congelado en la muchedumbre. La música se extinguió. Los hombres se agregaban a la procesión. Jóvenes y viejos, hombres de chalina y camisa almidonada, hombres de pantalón de pana y pelliza de pescador, todos. Aquéllos llevaban el sombrero en la mano; éstos, la boina. Era la unión total del pueblo en una comunidad armoniosa y fecunda.

Iban desfilando graves y silenciosos detrás de su Patrón, con los ojos serenos de la paz que la iglesia les había dejado. Consentimos que pasaran todos y marchamos los últimos. Desde la plazoleta se veía toda la procesión. Se dominaba la calle Doctor Mario—estrecha y mal empedrada—, que daba a la plaza Mayor. Los colores abigarrados de los trajes de las mujeres destacaban sus dos filas, derecha e izquierda, sobre el fondo blanco de las paredes. A mitad de la calle, el paso, y, a seguido, los hombres. Todos sin excepción vestían de negro, porque los trajes de gala de Rubiercos tienen ese color señorial. Aquello ha quedado en mí como una imagen fotográfica.

Sólo se oía el rastrear de los pies. En profundo silencio. Como una consigna militar.

Así pasamos toda la calle Doctor Mario, hasta llegar a la plaza. Las calles transversales estaban completamente vacías. Los balcones, cerrados. Resultaba extraña aquella religiosa pasión del silencio. Y solemne. Con el sordo murmullo de los pies caminando.

Unicamente veían pasar la procesión aquellos físicamente impedidos que no podían materialmente caminar, las madres con los hijos pequeños, los abuelos demasiado viejos para poder andar, los niños demasiado pequeños. En una palabra, todos los que pudieron materialmente procesionar, estaban allí como un solo hombre.

Cuando traspasamos la plaza mayor, seguimos por la calle Ruy Pérez, que, formando herradura, atraviesa todo el pueblo y viene otra vez a la plaza. Es una de las más empinadas y

difíciles, y yo esperaba que en cualquier momento los hombres que llevaban el paso fueran sustituídos por otros. Pero no hubo relevo alguno, y la vuelta a la plaza se realizó con los mismos. Allí la comitiva tomó por la calle de San Pedro, cuesta arriba y paralela a la del Doctor Mario. Es el camino de retorno a la iglesia. La calle ascendía como una culebra hasta la iglesia de donde habíamos salido.

Era, a la verdad, un espectáculo que impresionaba. Vuelvo a decirlo. Las mujeres y los niños, el paso y los hombres. Sólo eso. Nada más que eso. Nada menos que eso. Pocas personas en las ventanas y nada más. Y silencio, un gran silencio de puro recogimiento. La banda no tocaba más que a la entrada o a la vuelta. En lo demás, silencio. Ni rezos. Ni banderas. Ni clarines.

Cuando el paso llegó a la plazoleta de la iglesia, una música breve, donde se exaltaba un vivo júbilo de victoria espiritual. Detrás de él penetraba la gente en el templo y se iba acomodando silenciosamente, escuchándose sólo el rastrear de las pisadas. El sol plegó su último rayo sobre el paso, encendiéndolo con su majestad de oro antes de que cayera sobre él la sombra de la iglesia. La ancha puerta lo cobijó durante unos momentos; luego penetró en el recinto sombrío. Allí quedó parado frente al altar, como saludándolo. Luego torció a la derecha, para quedar depositado en la nave del fondo. Los hombres fuimos pasando y acomodándonos donde pudimos.

Ahora era la bendición. Don Angel la dijo con brevedad. Fué una ceremonia corta y sencilla. Unas oraciones y unas palabras en acción de gracias. Todos nos santiguamos al final y, desarrodillándonos, fuimos saliendo. La riada humana se fué disgregando lentamente. La unidad mantenida hasta aquel momento se había roto. A la salida del templo se fué cada mochuelo a su olivo. Era ya la hora de almorzar. Don Teodosio, Garciangúlez y yo, nos dirigimos a la plaza Mayor.

—¿Qué le ha parecido a usted la procesión?—me preguntó el boticario.

—Extraordinaria—le contesté con calor—. Nunca he visto una semejante.

—Ni la verá usted—terció Garciangúlez—. En este día Rubiercos se muestra tal cual es. Un pueblo unido en la fe. Yo conozco muchos sitios y lugares, pero ninguno como mi pueblo—terminó, con orgullo.

Yo marchaba en medio de los dos y cada uno me ponderaba Rubiercos como le placía. Yo estaba absorto por lo que

había visto y apenas recuerdo de lo que hablaron, porque sólo contesté algún que otro monosílabo.

Cuando llegamos a la plaza, la encontramos casi vacía. Todo el mundo se había ido a almorzar. Don Teodosio nos había invitado desde hacía unos días, por lo que nos dirigimos a la farmacia, donde ya nos esperaba doña Eufrasia, su distinguida esposa, con la mesa preparada. Esta buena señora era de tal forma parecida a su cónyuge, que cualquiera los habría tomado por hermanos. Y eso que don Teodosio era de un físico muy especial. Pero su consorte no le iba en zaga. Baja y regordeta y con la cabeza muy grande, tenía unos ojos vivarachos y una movilidad exagerada en toda su anatomía, a la que ella daba buen juego. Don Teodosio me la presentó con su acostumbrada etiqueta y cordialidad, con lo que empezamos a charlar en seguida como si nos conociéramos de toda la vida.

El almuerzo transcurrió muy agradablemente. Garciangúlez lo salpicó con anécdotas de sus viajes, y don Teodosio, con juicios tan especiales como los suyos y dichos con su sentenciosa manera de expresarse. Yo no podía por menos de cruzar de cuando en cuando con el cosario una mirada de inteligencia disimulada y sonreírnos muy finamente cada vez que el buen señor soltaba un gazapo de los de a duro. Doña Eufrasia, a pesar del nombre, contribuyó no poco a la animación general con su charla de andaluza, variada y chispeante. Yo conté también algo de mi vida, que fué acogido con bastante interés, aunque algunas cosas no eran para contarse delante de señoras, dejando por ello algunas lagunas en mi relato. Aquello atizó la curiosidad de los que me escuchaban; sobre todo, la farmacéutica hilvanaba suposiciones, haciéndose la desentendida, para sacarme lo que yo no quería decir, cosa a lo que me resistí para no sentar plaza de indeseable entre aquella buena gente.

Después de la comida tuvimos un largo rato de sobremesa, a base de café, puro y coñac. Naturalmente, el puro no rezaba con la señora de la casa, que se limitaba a aspirar el humo con fruición. Se prolongó aquello hasta las cuatro de la tarde, hora en que daban principio los festejos en la plaza Mayor. A esa hora nos dirigimos todos hacia allá.

En las calles había mucha gente que se dirigía al mismo sitio que nosotros. Cuando llegamos estaba la plaza totalmente abarrotada de personas, dispuestas a presenciar las carreras. Situadas alrededor de toda ella, formaban un corro perfecto, señalado por estacas clavadas en la tierra cada cierto trecho

y unidas por cordeles. Los balcones y las ventanas estaban repletos de gente que charlaban con buen acopio de griterío, dando lugar a un respetable alboroto. Parecía mentira que aquellas gargantas hubieran podido estar cerradas por la mañana, tal era el jaleo que tenían armado.

Don Bernardo, con buena partida de parientes y amigos, estaba sentado en los balcones consistoriales. Nos llamó, y nosotros subimos a situarnos.

La casa era amplia y de estilo antiguo y señorial. Pero no se la podía apreciar bien a causa de la gran cantidad de gente que entraba y salía a cada momento.

—Buenas tardes, señores—nos dijo el alcalde con amabilidad—. Aquí podrán ustedes contemplar cómodamente las carreras de sacos, las de burros y todo lo demás. Por aquí, don Carmelo. Siéntese ahí, por favor—agregó, indicándome un sillón junto a él y a su señora, a la que inmediatamente me presentó.

Era una mujer de unos cuarenta años, hermosa y triste a lo que me pareció. Cambiamos algunas palabras de pura cortesía

En la sala había gente de toda hechura y calidad, entre familiares, parientes y amigos de los dueños de la casa. Don Bernardo me presentó a tres o cuatro de los más significados, de los que apenas conservo una vaga memoria.

—Son ya las cuatro y cuarto—dijo alguien.

Don Bernardo hizo una señal y sonó el clarín indicando la iniciación de los juegos. Al extremo derecho de la plaza había dispuestos media docena de mozos con las piernas enfundadas en sacos y que al oír la señal empezaron a tartamudear sus andares hacia el otro extremo de la plaza, donde estaba la meta. Ahí fué nada el jolgorio que se armó al ver caer a los dos o tres primeros, que se habían lanzado ansiosamente a la carrera. Los otros fueron más parsimoniosos y más tenaces y ganaban terreno cada vez. Toda la plaza los animaba a gritos, no dando reposo a las gargantas, como ellos no lo daban a los pies. A mi lado, la chiquillería gritaba que se las pelaba, animando cada cual a su favorito. Parecía que se había entablado un pugilato entre los corredores más nerviosos y los más tranquilos. Los de más pachorra iban ganando terreno, porque se aprovechaban de las caídas de los otros, que tenían mucha dificultad en levantarse una vez tumbados por tierra. Pero, a última hora, cuando faltaban diez metros para la meta, los cazurros le dieron fuerte a los pies y a tres metros de la meta cayó uno redondo, tropezando otro con él y

dejando al fin llegar a la meta al que con más vista había dado largas a sus compañeros y no había echado la carne en el asador hasta el último momento. Llegó a la meta con dos segundos de ventaja sobre uno de los nerviosos, que estaba rojo de excitación. El vencedor fué premiado con un cesto de tomates y una jarra de manteca, que enseñó orgulloso a todo el pueblo, que aplaudió brutalmente.

Luego vino la carrera de burros, que estuvo animadísima también. La formaban cinco corredores o burristas, montados a pelo. Cada uno montaba el animal de otro de los corredores, y ganaba aquel cuyo burro llegase el último. Por lo tanto, cada uno tenía el mayor interés el llegar a la meta el primero, para darle a su burro una oportunidad.

Se conoce que en aquella ocasión, no sé si por malicia o descuido, escogieron unos burros resabiados que no entendían de riendas ni por asomo, tales eran las martingalas que tuvieron que hacer para ponerlos en fila y arrancar. Con mucho trabajo les dieron la salida, pero los mozos que los montaban no se anduvieron con chiquitas y empezaron a zurrarles de lo lindo, de tal forma, que los sesudos animales estimaron más prudente correr que aguantar aquellas andanadas. El tren que tomaron fué rapidísimo, pero tales saltos y embestidas daban sobre el desigual piso, que dos de los jinetes se apearon sin querer, saliendo por entre las orejas de los simpáticos animalitos. Hubieron de retirarse de la carrera y dejar sólo a tres enemigos. Dos de los animales seguían adelante, pero el tercero sería más burro que los otros, porque plantándose firmemente en la pista, *dijo* que no daba un paso más y así lo hizo. En vano su jinete le porfiaba con una buena vara de acebuche y hasta inclinándose sobre él y diciéndole cariñosas palabras, a las que el burro se mostraba sordo por completo. La andanada que le caía encima no es para descrita, hasta que el mozo se cansó y bajó a empujarle por detrás, momento que aprovechó el animal para irse caminando graciosamente hacia la meta, donde llegó el último, pero sin dueño. El mozo se exasperó de tal forma al ver la pachorra de su enemigo, que, cogiendo un cubo de agua, se lo volcó lindamente sobre la cabeza, a ver si pescaba una pulmonía.

Habían llegado, pues, a la meta, sólo dos de los corredores que habían iniciado la carrera, ganando el primer jinete que llegó, cuyo burro montaba el segundo. El mozo ganador levantó en alto su premio, consistente en una preciosa albarda para su jumento, que él, a la vista de todo el pueblo, le endosó en

un santiamén. Luego lo montó y se despidió de la muchedumbre, que le hizo paso entre ruidosos aplausos.

En aquel momento se oyó una trompeta anunciando algún nuevo espectáculo. La gente aglomerada en la parte derecha de la plaza, justamente delante de la calle Doctor Mario, se dividió en dos partes, dejando libre entrada a la plaza.

—¿Por qué se abren?—pregunté a Garciangúlez, que estaba a mi lado—. ¿Qué es lo que se prepara?

—Es el entierro de la sardina—me contestó—. ¿No ha oído hablar de él? Es típico de Rubiercos... Pero más que mi explicación le servirá lo que vea.

En efecto, era aquello propiamente un entierro, porque la semejanza era perfecta. Primero el coche fúnebre, después el monaguillo repartiendo incienso—en sustitución del cura, porque éste no se permitía—y a continuación el cortejo de dolientes. Ahí paraba la igualdad. El coche estaba pintado con los colores nacionales, rojo y amarillo. Su conformación era, en efecto, la de un coche de muertos; pero aquellos colores tan vivos que tenía producían un notable contraste. Iba arrastrado por dos parejas de bueyes muy adornados con cintajos de colores, cabeceras de abigarrados tonos y muy vistoso correaje, para no desentonar. Cuando pasó por delante del balcón consistorial pude ver al *muerto*, mejor dicho, a la *muerta*. Era una señora sardina del tamaño del cuerpo de un hombre, hecha de cartón, pintada y engalanada como si fuera una alegre moza de burdel. La cola, formada por una ancha falda de alegres colores, sobresalía abundantemente del coche, que iba conducido por el alguacil del pueblo, Teófilo, con su cara pálida, sus ojos tristes, su traje de negra etiqueta y su alto sombrero de copa. Detrás venían los acompañantes. Habría un total de veinte mozos, vestidos todos de negro—el traje de gala de por la mañana—, y cada uno llevaba un instrumento de música. Iban dirigidos por el maestro de ceremonias, que también lo era de la banda. Tocaban una música compuesta por él mismo—según me dijo Garciangúlez—y había sido tomada de las fuentes más disparatadas. Era, en verdad, música de réquiem, en la que se habían intercalado trozos de bailables. Primero se elevaba solemne, sepulcral, terriblemente plañidera. Después, en el momento más tétrico del réquiem, una flautilla de nada lanzaba unos pitidos entrecortados y danzarines de música bailable, todo lo cual hacía un contraste de inmenso efecto.

Los músicos llevaban todos la cara compungidísima y alguno hasta sacaba el pañuelo y se lo llevaba a los ojos, enju-

gando una furtiva lágrima. A continuación se descolgaba de la espalda su buen búcaro de vino y echaba un largo trago sin abandonar su expresión lastimera. Luego se lo pasaba al compañero, que repetía la misma operación.

El monaguillo que iba lanzando incienso detrás del coche, de cuando en cuando cantaba unos latinucos que mal demonio se lo llevara; tan enrevesadamente lo hacía. Todo se realizaba a base de contrastes y humor del grueso, en honor de la fiambre, que podía estar orgullosa.

En la plaza había ya un regular alboroto. Un quintal de regocijo cuando menos había soltado la bienaventurada comitiva. Tan seriamente trabajaba el asunto de la muerte.

—¿Qué le parece nuestro entierro de la sardina?—me preguntó don Bernardo con toda su buena fe, mientras la satisfacción le rebosaba por todos los poros.

—Pues muy original—le respondí con un pelillo de guasa, de que afortunadamente no se percató—. Hace un gran efecto el que en esta fiesta de tan buena trama venga a aumentar el regocijo un entierro de animal tan simpático como lo es la sardina.

—Esto es muy propio del pueblo—dijo el cosario—. Creo que en otros sitios, me parece que por alguna provincia de Castilla, también lo hacen. Pero en manera alguna (según he oído referir) lo hacen como aquí, aunque, como todas las cosas, la fiesta ha ido degenerando. Esto es en Rubiercos una cosa muy antigua. Yo siempre lo he conocido y he oído hablar de ello. Se realiza cuando ha terminado la costera de la sardina y, en realidad, es un símbolo. Figura el triunfo del hombre sobre el mar, que está representado por el pez. Aunque realizado muy toscamente (porque se ha perdido la gracia fina con que se hacía antes), se destaca con claridad la lucha, más que la victoria, por el diario sustento de los pescadores.

—Sí, señor, que es cosa muy antigua en el pueblo—intervino don Teodosio, que andaba por allí cerca—. En las crónicas de Rubiercos hay referencia de que el entierro de la sardina data del mil setecientos y pico. Es una cosa muy tradicional.

Yo no niego que en tiempos de Maricastaña aquellos tejemanejes fueran una tradición; pero ahora, con el paso de los años, se conoce que el motivo que ponía Garciangúlez había quedado un tanto olvidado, porque a mí aquello más me pareció un carnaval que una tradición, aunque no hay obstáculo ninguno para que en un pueblo como Rubiercos haya carnavales tradicionales.

Con su acostumbrado tono pomposo, el buen don Teodosio nos habló largo y tendido sobre las glorias de la villa. Su seriedad no era para dicha, sino para vista. Nos endosó de paso, y en menos que canta un gallo, dada la cantidad de noticias que desembuchó, todo lo que había él ratoneado en los susodichos cronicones, cosa que aguantamos con paciencia y buen talante, a causa del buen rato que habíamos pasado con el entierro.

—Sí, sí, ciertamente—le interrumpió al cabo de un buen rato don Bernardo—. Los archivos del pueblo son muy interesantes.

Lo dijo con algo de impaciencia, cosa que no sentó bien al boticario, que se quedó callado de pronto y rojo como una cereza. Pero el alcalde, que lo capeaba bien, se dirigió a mí y me lo indicó como uno de los puntales de la aristocracia del pueblo, dada su extraordinaria cultura y buena crianza. Aquel remiendo, bastante tosquillo por cierto, le sentó al boticario como pedrada en su ojo. Poco a poco fué desarrugando el ceño y aligerando la cara, no tardando en encontrarse de tan buen talante como al momento de endilgarnos su lección de historia pueblerina.

Nos asomamos al balcón. El sol había recorrido ya buena parte de su carrera y sus rayos tenían una suave debilidad al caer sobre nosotros que hacía grata la estancia allí. El aspecto de la plaza había variado por completo, porque el ruedo se había reducido mucho. La gente se había acercado hasta formar un ancho círculo en el centro, preparado para el baile.

Allí se encontraban dispuestos una docena de mozos y mozas, ataviados con el típico traje de Andalucía la baja. Ellas, vestidas a la sevillana, y ellos, de traje corto. Todos frente a frente, pareja por pareja y con los brazos en jarras. Semáforo, el mejor guitarrista del pueblo, con Andrés y Bertoldo a cada lado, formaban el trío musical que acompañaba el baile con sus instrumentos. Estaban situados sobre un pequeño estrado hecho solamente para ellos.

Don Bernardo, el patriarca de la fiesta, hizo la señal al alguacil. Este hizo sonar el clarín, cuyo sonido rebotó hasta las nubes como un himno de alegría y de victoria.

La gente se fué acallando. Sólo ligeros murmullos sirvieron de fondo a los toques de la guitarra de Semáforo, el dios del pueblo en aquel momento. Las notas de las sevillanas hendieron el aire como una argentina flecha cuajada de sonidos. En seguida se le incorporaron las guitarras de Andrés y Bertoldo.

El trío era perfecto, porque la cadencia azulada del ritmo batía la luz con gracia netamente andaluza.

Los mozos iniciaron la danza, sutil, graciosa y milenaria. Bien entrenados y con ángel para ello, llevaban todos un acompasado ritmo en todos los movimientos. Formaban una estampa de gracia báquica, penetrante y finamente sensual. El bracear ampuloso de las mozas y el sobrio de los hombres rimaba oscuramente con algo misterioso que había en nosotros, aliándolo a los toques desgranados en las guitarras señoriales. Todos poníamos nuestros mejores fervores de atención, en un esfuerzo de compenetración casi inconsciente.

Una de las parejas que bailaban era José y la Andrea. A fe que el serio patrón de barca se encontraba asaz cambiado. En la mar le conocía hombre duro, resistente y cumplidor. Aquí le veía con el rostro grave suavizado por una ligera sonrisa, donde se notaba, sin embargo, una misteriosa candidez. Andrea lucía con garbo su traje de gitana y lo armonizaba bellamente con su gravedad natural y la serenidad de estatua de su rostro armonioso. Todos eran buenos bailaores, pero ellos se destacaban. El ritmo se llevaba a la perfección, pero no es únicamente lo que distingue a los extraordinarios de los buenos. Es cierto no sé qué en los movimientos, cierta gracia en la manera de accionar, cierto empaque en los movimientos que se hacen. Algo de duende, ignorada fuente de armonía que no se desarrolla ni se aprende, sino que nace con la persona. Es algo como una amortiguada sensualidad, con algo místico y severo a la vez, como una música que, haciéndose forma, se ciñe al cuerpo de los bailaores, vibrando como una saeta de luz y de fuego.

Acodados al balcón, nos encontrábamos prendidos en su contemplación. Cuando terminó una de las partes, me dijo el cosario:

—¿Nos vamos abajo, don Carmelo? El baile es para verlo muy de cerca.

—Sí, creo que es lo mejor—le contesté—. Abajo se podrá apreciar como es debido. ¿Se viene usted, don Teodosio?

—Naturalmente que sí. Toda la gente moza se está yendo a la propia salsa—replicó con gracejo el boticario—, y nosotros estamos en la flor de la edad y nos corresponde irnos también.

En efecto, nada más principiar los primeros bailes, la sala se despobló como por encanto. Sólo quedaron los dueños de la casa y la gente madura que no era partidaria de la bulla. Todos los demás estaban en la plaza. Nos despedimos de don Bernardo y su esposa, dándoles las gracias por la atención que habían tenido con nosotros. Pero antes de bajar sacó don Bernardo unas copas y tuvimos que brindar por el buen éxito de la jornada.

La plaza estaba de bote en bote. El círculo alrededor de los bailaores se había espesado bien. El entusiasmo por la danza era contagioso. Las primeras parejas habían sido sustituídas por otras, que tenían también su aquel. La alegría rebosaba por todas partes, provocada no sólo por la grandeza del día, sino también por los bucarillos y garrafillas de vino que circulaban en abundancia.

—Don Carmelo, pruebe usted la gracia de Dios—me dijo José alargándome uno de aquéllos. Venía con la Andrea, agarrados los dos de la mano y charlando animadamente. Yo, ni corto ni perezoso, me lo calé al gaznate. ¡Caramba! Era un vinillo que entraba como si nada. Colorado y pimentón, tenía tan rico sabor que estoy seguro le di una buena bajada al contenido. Luego le tocó a Garciangúlez y don Teodosio, que también empinaron lo suyo.

—¿Qué le parece la fiesta, don Carmelo?—me preguntó José.

—Pues que ha superado todo lo que yo creía de Rubiercos. Conozco ya al pueblo por los cuatro costados, pero esto de la fiesta me ha hecho saber una de las cosas más típicas de él. Seguro estoy de que si me hubiera marchado sin verla y me hubiera enterado por fuera, me habría pesado no haberla conocido. Es bien interesante.

—Ya lo creo que lo es, aunque nos esté mal alabarnos nosotros mismos—replicó José—. Conocemos bien a los pueblos de por aquí, y estoy seguro de que hay pocos que se le igualen. Dispensen ustedes, señores, pero hemos quedado con unos amigos que nos están esperando. Hasta luego.

—¿Cuándo es la boda?—preguntó don Alpero, que se había acercado al olor de lo que decíamos (quizá también de lo que bebíamos).

—¿Un traguito, don Alpero?—invitó el patrón.

Este, por no rehusar, se echó al coleto una buena rociada y repitió la pregunta.

—Pronto, pronto—sonrió el mozo mirando a la novia, encandilado y apretándole la mano.

Ella enrojeció y dijo, mirándonos al rostro con franqueza:

—Cuando José lo dice, así será.

Luego se alejaron. Nosotros los mayores les vimos marchar codiciando la alegre seguridad de su juventud.

—¡Ah! Don Teodosio—dijo Garciangúlez guiñándome el ojo—, en este día tan celebrado quiero presentarle a un amigo mío a quien seguramente conocerá usted de vista. Don Alpero González y Fernández, matasanos de la ilustre villa de Rubiercos de la Sierra.

Luego, dirigiéndose al médico:

—Don Alpero, tengo el honor de presentarle a don Teodosio Domínguez y López, boticario de la mencionada villa, a la que surte con sus notables productos farmacéuticos.

Había cogido a cada uno del brazo y los miraba fijamente, esperando su reacción. Don Teodosio, que era el más vergonzoso, había bajado la vista y se había puesto rojo como un pavo. Don Alpero había alzado las cejas en señal de sorpresa y puesto unos ojos redondos de asombro. Fué el primero que reaccionó. Después de estudiar durante unos momentos la roja cara del farmacéutico, una divertida sonrisa nació en sus labios, mezclada con buena campechanía. Don Teodosio levantó la vista y, al ver la cara del otro, una tímida sonrisa le estiró la boca, a pesar de que notamos que estaba un poco mosca, por el fruncimiento de cejas que le duraba aún. Pero al fin le venció la buena sombra de Garciangúlez y la buena cara de don Alpero. Extendió la mano y estrechó con calor la que el médico le tendía.

—Encantado, señor boticario.

—Encantado, señor matasanos. Es un placer conocerlo.

Así, de tan sencilla manera, se realizó la reconciliación entre aquellos dos enemigos, que, si no mortales, eran al menos enfermales y medicinales.

De allí fuimos al casino a celebrarlo, encontrándonos en aquel lugar al alcalde y a varios conocidos más. Tenían formada una alegrísima reunión, en la que entraba la gente más ilustre del pueblo, tales como el secretario del Ayuntamiento, el juez municipal, los propietarios mayores, en una palabra, la crema de Rubiercos.

Nada más entrar se dirigió a nosotros don Bernardo con su amabilidad de siempre y nos hizo incorporarnos a ellos, lo que hicimos de buena gana.

—Vengan, señores, por aquí; siéntense, por favor—nos indicó asientos en torno a las tres grandes mesas que ocupaban, repletas de botellas de vino y aperitivos. Nos fué sirviendo de todo mientras decía—: Nosotros, los que no tenemos pareja o la tenemos ya demasiado vista, encontramos mejor reunirnos en torno de una alegre mesa y hablar de todo lo habido

y por haber. Creo que es la mejor manera de pasarlo, porque la gente moza con sus requilorios amorosos y un buen trago de cuando en cuando tiene bastante. Vean ustedes cómo se divierten. Tienen los cuerpos de hierro y el gaznate bien engrasado. No hay quien los canse en buena parte de la noche.

En efecto, por la ventana se divisaban las incansables parejas de baile, que no se daban punto de reposo, bordando una tras otra toda clase de danzas y canciones. La noche se encontraba ya bastante avanzada, pero la iluminación que tenía la plaza nada tenía que envidiar a la de ninguna capital. Además, en toda su extensión se habían formado corrillos donde bailaba cada cual por su cuenta, sin atender al corro grande, que tenía la ventaja de contar con orquesta. Aunque vi que se empinaba el codo con frecuencia, todos sabían mantenerse en su sitio. La animación era indescriptible.

Pero en el casino se notaba también julepe de los buenos. Buenos corrillos de familias enteras en torno de las mesas, que prestaba a la sala una sazón de general alegría, como pocas veces he presenciado en otras partes. Los camareros no se daban punto de reposo en su afán de atender al cúmulo de peticiones que de todas partes les hacían.

Don Bernardo me presentó a varios señores a quienes yo aún no conocía. Bebimos y charlamos animadamente, cruzándonos entre todos buenas ocurrencias y sabrosos comentarios, de los que apenas guardo memoria, en razón de las copiosas libaciones que mutuamente nos prodigamos. Reinaba una alegría sana y de buena ley en aquella reunión, que es uno de los más gratos recuerdos de mi vida, no sólo por el agrado de compartir aquella armonía, sino porque ésta era fiel reflejo de la que había en todo Rubiercos, pueblo serrano y marinero.

Fué aquel mi último día en el pueblo y se me quedó grabado de una forma indeleble. Repasando todos sus incidentes, veo que todos los aspectos, nimios o importantes, los recuerdo en todos sus detalles, a pesar de lo frágil y quebradiza que es nuestra memoria de hombres.

Desde por la mañana el sol nos acompañó, haciéndose rey del pueblo y de todos nosotros. Capitán sereno y ardiente de aquel otoño maravilloso, vino gentilmente a ofrecernos las primicias de la fiesta. Las sensaciones perduran vívidas en mí, y a pesar de las lontananzas del vivir de cada minuto, sediento de sentires nuevos, los contornos concretos de las cosas que ocurrieron en aquel día, los guardo fielmente dentro de mí. Pasan, proyectándose ante mis ojos como una película en color,

la misa mayor, la procesión, las carreras, el baile, las gentes, José y Andrea unidos de la mano, don Teodosio haciendo las paces con don Alpero, éste prometiendo recetar cosas de botica antigua, aquél prometiendo traer medicinas modernas. Doña Magdalena caminando trabajosamente por las sendas de la avaricia y presagiando camelos a todos los que iban a consultarla por ocho reales. El alcalde presidiendo feliz todo el jolgorio moceril, su señora, señorial y simpática, en unión de doña Eduvigis, aquella dama «cuyo marido don Cleofás fué senador del Reino en tiempos de Alfonso XIII», recibiendo homenajes caballerescos de toda la rancia madurez de Rubiercos. El viejo Garciangúlez contemplándolo todo con sus ojos antiguos y sabios, como queriendo sacar a las cosas sus dolores más íntimos y sus más intensas alegrías.

Aquel día fué un torbellino maravilloso para mí y para la vida tranquila del pueblo. Toda la contención habida durante el año, toda la terrible dureza de la vida marinera, todo el fragor doméstico de las mujeres, en ese día único se disuelve como la niebla al calor del sol oro y rojo del verano. Ese día es la válvula de escape por la que circulan todos los deseos comprimidos, todas las esperanzas retenidas, todos los modestos y nostálgicos sueños de aquellos hombres primitivos, sencillos y nobles, que no conocen del mar más que las durezas y del cielo más que los rigores, porque apenas su dura piel, ya habituada, les permite gozar de aquellos flujos de colores, de sensaciones, de rayos luminosos que en los días de oro se derraman a raudales sobre la tierra y el mar azul de Rubiercos.

Siempre te recordaré, pueblo amado y apenas entrevisto entre las gasas de unos días otoñales. Tus hombres y tus paisajes han entrado dentro de mi corazón y han dejado en él esa huella agridulce, penetrante y melancólica que deja el mar cuando se retira a sus senos profundos para olvidar la frustrada ansia de acariciar tu raíz, pueblo inolvidable. Si los años pasan sobre nosotros y nos dejan en la sangre las quejumbres dulces y las alegrías irónicas de la vida, ten por seguro, Rubiercos, que aquellas fracciones de años en que viví respirando la marina salobre de tus aguas valen tanto como años de convivencia contigo, porque se han enquistado dentro de mí, como la savia del árbol injertado penetra en la hondura cansada del árbol matriz.

Adiós, Rubiercos; que otros viajeros pasen sobre ti y te den un poco de su corazón, como yo te he dado del mío...

ENCRUCIJADA

DANIEL Darven está sentado frente a una mesa pequeña en su departamento de Lille-sur-On. Su rostro permanece en la penumbra. Es una cara joven. Veintiocho años. El cabello negro y ligeramente despeinado enmarca un rostro de pómulos altos, barbilla fina y mueca austera en torno de los labios cerrados. Una arruga de preocupación late en la frente larga y estrecha y en las estrías pronunciadas de la boca. Los ojos, pensativos y preocupados, van alineando mentalmente lo que ha de hacer esta noche, mientras sus dedos, largos y ágiles, van ordenando la masa de desordenados papeles que tiene delante. La mancha de luz de la lámpara de mesa cae sobre las manos sensitivas del hombre, dándoles una apariencia vagamente espectral.

Los ojos se han inmovilizado sobre uno de los papeles que tiene en la mano. Habla de transmisiones, consignas, deberes